La

Novela de la vida.

LA NOVELA DE LA VIDA.

LA NOVELA DE LA VIDA,

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y SIETE CUADROS,

ESCRITA EN FRANCÉS

POR MR. OCTAVIO FEUILLET,

Y ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. ISIDORO GIL Y D. JOSÉ MARÍA DE LARREA.

Representada por primera vez en el Teatro del PRINCIPE el 17 de Setiembre de 1859.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1880.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARGARITA...............	Sra. D.ª Josefa Palma.
DOÑA ELENA.............	Concepcion Sampelayo.
LUISA (aya jóven)..........	Salvadora Cairon.
DOÑA TRINIDAD.........,	Balbina Valverde.
CRISTINA................	Adelaida Guijarro.
BRÍGIDA..................	Adelaida Zapatero.
D. LUIS DE VELASCO marqués de Valleumbrío........	Sr. D. Manuel Catalina.
D. RICARDO...............	Juan Catalina.
D. PEDRO NOVOA.........	José Calvo.
D. IGNACIO..............	José Aznar.
FABIAN....................	Ramon Guzman.
EL DOCTOR GONZALEZ....	Gerónimo Sunyé.
FEDERICO................	Eduardo Iroba.
JUAN......................	Julian Rodriguez.
COSME....................	Tomás Infante.
PERICO...................	José Calvo.

Un notario que no habla: aldeanos de ambos sexos.

La escena pasa en Madrid el primer cuadro, y los restantes en una quinta cerca de Tolosa.

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

Interior de un sotabanco en la casa del Marqués de Valleumbrío, en Madrid. Muebles usados, entre los que hay una cómoda, una mesa de despacho, un velador y una butaca de terciopelo de Utrech algo deteriorada. Puerta de entrada en el foro.

ESCENA PRIMERA.

BRÍGIDA, con un plumero en la mano, entreabiendo la puerta con precaucion.

Nadie... Ya estaba yo segura de que no había vuelto todavía. (Entrando.) Es preciso que yo salga de esta duda. Su portamonedas... (Mirando sobre la mesa.) vacío... Ha dejado puesta la llave de la cómoda; ¡mala señal! Lo mismo que el portamonedas: (Abriendo los cajones.) ni un maravedí... Pues diga Juan lo que quiera... Si era claro que... ¡Ah! (Oye ruido, cierra apresuradamente los cajones de la cómoda y se pone á quitar el polvo á los muebles.)

ESCENA II.

D. LUIS, BRÍGIDA.

LUIS. ¿Qué hace usted ahí, Brígida? (Viene muy pálido y vesti de negro.)

BRIG. Ya lo ve usted, señorito; limpiaba los muebles y pon cada cosa en su sitio.

LUIS. Ya los arregló usted y los limpió otra vez esta mañana conque me parece que es tomarse demasiado trabajo (Observándola con desconfianza.)

BRIG. Perdone usted, señorito; mi afan de que esté todo limpio... Ya me voy...

LUIS. Vaya usted con Dios.

ESCENA III.

D. LUIS, despues BRÍGIDA.

LUIS. Creo que esta mujer me espía: me mira de un modo... Y me ha parecido que su hijo seguía mis pasos obstinadamente por las calles de Madrid ayer tarde y hoy por la mañana... ¿Pero qué interés puede tener en semejante espionaje? ¡Bah! ¿No es bastante su curiosidad? ¡Una curiosidad de portera! La caida del poderoso, la humillacion del rico, han sido siempre el más agradable objeto de chismografía para esta clase de gente. Y sin embargo, Brígida es deudora de toda clase de beneficios á mi pobre madre; me ha visto nacer; manifestaba una adhesion sin límites á mi familia... Será preciso que yo me acostumbre á todas estas decepciones. (Viendo entrar á Brígida.) ¡Cómo! ¿Otra vez?...

BRIG. Un caballero pregunta por usted; y como dice que le ha visto entrar hace un momento, no he podido negarle... Esta es su tarjeta.

LUIS. Federico de Castro... (Tomando la tarjeta.) ¡Que suba Federico! (Váse Brígida.) No me pesa de volverle á ver ,

Es un calavera; pero de noble corazon, segun creo. Hace tanto tiempo que no he estrechado entre las mias una mano amiga!... Fuimos muy amigos hace dos años... (Sonriendo.) Si me devolviera siquiera la mitad solamente de lo que le tengo prestado, sería para mí un enviado por Dios en este duro trance. (Se abre la puerta.) Buenos dias, Federico.

ESCENA IV.

FEDERICO, D. LUIS.

FED. Ante todo, amigo mio, (Desde la puerta.) debo tranquilizarte acerca del objeto de mi visita; no vengo á pedirte dinero.

LUIS. ¿De veras?

FED. Palabra de honor. (Entrando.) Vengo á participarte que soy rico; cuento con diez mil duros de renta.

LUIS. ¿Es posible? ¿Ha muerto quizá tu tio?

FED. Acertaste. ¡Pobrecillo! (Con naturalidad.) En fin, hay que resignarse á estas pérdidas... Pero tú, ¿dónde te metes? Veinte veces he estado á buscarte, y ya iba á marcharme á Sevilla sin esperanza de que nos dispidiéramos, cuando hace un momento que te he visto atravesar la calle y entrar en tu casa... ¿Qué haces? Dime.

LUIS. He estado viajando.

FED. ¡Ah! (Mirando los muebles.) ¿Y sabes que no estás aquí muy bien alojado?... He tenido que subir más de cien escalones. Ántes vivías en el cuarto principal, y siendo la casa tuya...

LUIS. ¡En otro tiempo! Es verdad.

FED. ¡Ah! ¡ya!... Pero te encuentro pálido, triste, estás de luto... ¿Qué te sucede, amigo mio?

LUIS. (Sonriendo tristemente.) Federico, llegas en uno de esos momentos en que el corazon rebosa y necesita confiar sus pesares á un amigo: tanto peor para tí, porque son poco gratas las confidencias de un desgraciado.

FED. ¡Oh! habla al instante... Ya sabes que mi cabeza es un poco ligera, pero no creo que dudes de mi corazon.

LUIS. Voy á probarte que no dudo en efecto. Siéntate. (Se sientan.) Federico, yo hubiera debido prever la desgracia que hoy me anonada, hace largos años, si mi vida disipada y el respeto filial no me hubiese cegado. Veamos: tú, tú mismo que has frecuentado mi casa, ¿no has notado nada de misterioso, de extraordinario en el interior de mi familia?

FED Nada.. es decir, observé que tu madre, que era excelente señora por cierto, parecía triste, siempre triste, y vivía muy retirada, notándose hasta en su manera de vestir una sencillez casi austera.

LUIS. Es cierto; y sin embargo, en su primera juventud había brillado en las fiestas del gran mundo; pero de repente la vimos disgustarse de ellas y consagrarse á una vida de reclusion, de soledad, de la cual no pudieron sacarla jamás las instancias de mi padre, á quien ella adoraba sin embargo... ¿Te acuerdas de mi padre?

FED. ¡Ya lo creo! Aunque ya no era jóven, ¡qué fuego! ¡Qué apostura! ¡El primero siempre en el placer! ¡Tan fino en la mesa, tan gallardo á caballo, tan oportuno en la conversacion! ¡Un verdadero tipo de caballero!

LUIS. En efecto; y esas brillantes cualidades que yo admiraba como tú, le atraían á todas las fiestas de la sociedad elegante, en las que siempre se distinguía. Mi madre rehusaba obstinadamente seguirle á ellas, y aun bien pronto rehusó aparecer en su propio salon, cuando había recepcion en casa. Á estas negativas, que exasperaban á mi padre, atribuía yo las escenas pocos gratas, violentas á veces, cuyos ecos llegaban hasta mí. Creía yo atacada á la pobre señora de una afeccion nerviosa, de una especie de hipocondria, y mi padre por otra parte me lo daba á entender. Sin embargo, amigo mio... Ya sabes que tengo una hermana mucho más jóven que yo.....

FED. Sí, Lucía...

LUIS. Pocos dias despues de su nacimiento, hace diez años, me llamó mi padre á su gabinete, y me participó con algun embarazo, el singular deseo manifestado por mi madre de que estudiara leyes. Ocurrióme entónces, por vez primera, el pensamiento de que los gastos y disipaciones de mi padre, su repugnancia y su desden por el lado positivo y enojoso de la vida, habrían podido amenguar algun tanto nuestra fortuna; quizá me decía yo á mí mismo, quiere mi madre que me ponga en estado de suplir á la negligencia de mi padre, y de reparar sus errores.

FED. Y no te informaste...

LUIS. Deseché muy luégo aquella idea, porque aunque había oido lamentarse á mi padre de las considerables pérdidas que nuestra fortuna había sufrido cuando, á fines del siglo pasado, mi abuelo trasladó su familia desde Méjico á España, veía por otra parte reinar en mi casa la abundancia.

FED. Dí más bien la opulencia. Soberbia casa en Madrid, posesiones en el campo, carruajes, caballos de raza...

LUIS. Obedecí, sin embargo, á mi madre y concluí mi carrera de leyes; pero al mismo tiempo empecé á retirarme de aquella pobre señora... Sufría siempre y... desgraciados los que siempre sufren!... ¡Ella me amaba tanto!... yo la amaba tambien y, no obstante, la abandonaba más cada dia. Mi padre y yo decíamos que no estaba enferma, sino que padecía de manías; y nunca nos creíamos tan dichosos como cuando nos lanzábamos fuera de aquella triste casa, donde languidecía una enferma que nunca sanaba. Á galope, Luis, me gritaba alegremente mi padre; y corríamos como el viento... Un dia, al volver de una de nuestras excursiones, nos la encontramos... nos la encontramos muerta, dejándome un remordimiento eterno. (Levantándose.)

FED. Luis...

LUIS. Tres meses despues, cumpliendo las órdenes de mi padre, partí para Italia, y empecé una série de viajes, cu-

yo término había fijado él mismo. Durante varios años en su correspondencia afectuosa, aunque breve, no hallaba muestras de la menor impaciencia por mi regreso; pero al desembarcar en Barcelona, hace dos meses, encontré varias cartas, en todas las cuales me llamaba mi padre con un apresuramiento febril.

FED. ¡Ah! Efectivamente; me parece haber oido el nombre de tu padre, el marqués de Valleumbrío, mezclado en en no sé qué especulaciones de Bolsa el año pasado...

LUIS. Llegué á nuestra casa de campo por la tarde; apenas atravesé el umbral de la sala donde se hallaba mi padre, corrió él á mi encuentro, y al estrecharme en sus brazos, con una sensibilidad, de que no me había dado muchas pruebas, sentí junto á mi corazon latir el suyo con una violencia terrible. Mostróme una silla y se sentó bruscamente en frente de mí. (Luis se sienta.) Entónces, como si no tuviera valor suficiente para hablar, detúvose su mirada en la mia con una expresion de angustia, de humildad y de súplica, que en un hombre tan altivo como lo era mi padre me conmovió profundamente. Había yo adivinado ya lo que tanto trabajo le costaba confesar, y Dios sabe que desde el fondo de mi alma estaba pronto á gritarle: «Te perdono, padre mio, te perdono;» cuando repentinamente aquella mirada, que no se apartaba de mí, tomó una fijeza grave, espantada, horrible! ¡Sentí crisparse sobre mi brazo la mano de mi padre, le ví levantarse de un sillon, y volver á caer pesadamente sobre el pavimento... Ya no existía!

FED. ¡Pobre amigo mio! (Levantándose.) ¿Pero qué causa?... ¿Estaba arruinado?

LUIS. Tú lo has dicho, (Levantándose tambien.) la Bolsa había acabado con su fortuna. De manera que me encontraba con mi hermana al borde de un abismo, cuyo fondo no conocía; caí gravemente enfermo, y despues de luchar más de un mes entre la vida y la muerte, en cuanto pude ponerme en camino he venido á Madrid

FED. Pero el resultado de la testamentaría...

LUIS. Se halla esta encomendada á un antiguo amigo á quien apenas conozco; pero en quien tengo completa confianza, porque mereció la estimacion de mi madre, el anciano don Ignacio, notario de mi familia.

FED. Sí; creo haberle visto en tu casa... un escribano algo... extravagante...

LUIS. Yo me he reido de él más de una vez, sin sospechar que llegaría un dia en que tendría que oir de su boca la última palabra de mi destino!

FED. Siempre te quedarán los restos de una gran fortuna.

LUIS. Si al ménos quedara asegurada la existencia de mi pobre hermana; pero esta cruel incertidumbre...

FED. ¿Pero no has visto todavía á ese don Ignacio?

LUIS. Apenas llegué á Madrid corrí á su casa, pero está fuera... De modo que me encuentro aquí hace dos dias en un estado de abatimiento moral y... de miseria física, de que no puedes formarte una idea exacta.

FED. ¡Pobre amigo mio! (*Con distraccion y embarazo.*) ¡Cosas de mundo! ¡Ah! ¡esto es atroz, es atroz!... (*Sacando el reló.*) Las tres y media... y yo que tenía en el Suizo una cita á las tres... Con tu permiso...

LUIS. Anda con Dios .. (*Con frialdad y alguna ironía.*) Volverás, ¿no es cierto?

FED. Por supuesto. No abandona uno así como quiera á sus amigos cuando necesitan consuelos, cuando necesitan... Toma un cigarro... Son muy suaves... No tengo más que dos en la petaca; partiremos como hermanos. Adios, adios. (*Váse.*)

LUIS. Fumaremos. (*Sonriendo tristemente.*)

ESCENA V.

BRÍGIDA, D. LUIS.

BRIG. Señorito, ahí está don Ignacio.

LUIS. ¿Don Ignacio? que entre, que entre... (¡Dios sea bendito! Él va á sacarme de esta angustia.)

ESCENA VI.

D. IGNACIO, D. LUIS.

LUIS. ¡Ah! mi querido don Ignacio, esperaba á usted con impaciencia...

IGNAC. ¿Cómo está el señor marqués? (Saludando.)

LUIS. Muy bien, gracias... Pero...

IGNAC. ¿Y la señorita doña Lucía de Velasco?

LUIS. Sigue en su colegio. La pobre niña ignora todavía nuestros desastres, cuya extension no conozco aún yo mismo, y por eso espero ya saber...

IGNAC. Señor marqués, usted me dispensará; pero entra en mis costumbres proceder con método.

LUIS. Siéntese usted, siéntese aquí. (Se sientan.)

IGNAC. En el año de 1820 fué, señor marqués, cuando la mano de la señorita Eloisa Julia de Guevara Fernandez y Pimentel, fué pedida por don Cárlos Felipe Luis de Velasco y Velasco, marqués de Valleumbrío. Profesando yo á la familia de Guevara una adhesion en cierto modo hereditaria, y conociendo las relevantes virtudes de la heredera de aquella rica casa, debí emplear y emplee en efecto, todos los argumentos de la razon para hacerla desistir de esta funesta alianza. (Movimiento de Luis.) Funesta, sí señor, porque bajo aquel conjunto de prendas caballerescas que adornaban á su señor padre de usted, como á todos los de su frmilia, distinguía yo claramente la irreflexion y la frívolidad más obstinadas, el loco afan de los placeres, el más atroz egoismo.

LUIS. Señor mio, la memoria de mi padre me es sagrada, y deseo que la respeten todos los que pronuncian su nombre delante de mí.

IGNAC. (Conmovido.) Yo respeto ese sentimiento; pero al nombrar á su padre de usted ¿cómo puedo olvidar que hablo del hombre que hizo de su madre de usted una mártir?

LUIS. ¡Don Ignacio¡ (Levantándose.)

IGNAC. Dispénseme usted, todo el que conoció á su madre de usted la ha llorado... En fin, si usted lo exige no hablaremos más que del presente.

LUIS. Se lo suplico á usted.

IGNAC. Usted verá el resultado de la testamentaría y de la liquidacion que se ha practicado, en el voluminoso legajo que el portero de esta casa ha ido á buscar á la mia; pero, para reasumir en pocas palabras, diré á usted que despues de haberse vendido muy bien cuantas fincas poseía su familia, empezando por esta casa, las tierras y hasta los muebles que se hallan en este cuarto principal y en la casa de campo en que últimamente vivía su señor padre, todavía debe usted á los acreedores de este nueve mil quinientos duros.

LUIS. ¡Es posible! ¿Con que no solamente no nos queda nada, sino que aún debemos...

IGNAC. Nueve mil quinientos duros.

LUIS. ¡Dios mio! (Levantándose.) ¡Pobre hermana mia!

IGNAC. Debo advertir á usted, no obstante, que su previsora madre había depositado en mi poder algunas joyas, cuyo valor asciende próximamente á diez mil duros.

LUIS. ¡Ah!

IGNAC. Para impedir que esta suma caiga en manos de sus acreedores, podemos usar un subterfugio legal que voy á tener el honor de explicar á usted...

LUIS. De ningun modo. Me considero demasiado dichoso con poderlos pagar, dejando ileso el buen nombre de mi padre.

IGNAC. (Sin dejar de observarle.) ¡Ah! muy bien, señor marqués; pero me será permitido preguntar á usted, confidencial y respetuosamente se entiende, con qué recursos cuenta para asegurar su subsistencia y la de su hermana y pupila?

LUIS. ¡Oh! no lo sé; porque no esperaba una ruina tan completa. Si estuviera solo en el mundo sufriría gustoso todas las privaciones; pero me mata la idea de ver ex-

puesta á mi hermana á los peligros de la pobreza. Dichosa aún en el colegio en que se educa, es aún bastante niña para permanecer en él algunos años. ¡Si pudiera yo hallar una ocupacion que me permitiera, aunque fuera preciso reducirme á la mayor estrechez, pagar su pension en el colegio y reunirla un dote, sería feliz!

IGNAC. ¡Ah! En nuestra sociedad, señor marqués, no se encuentra de la noche á la mañana una ocupacion bastante productiva para eso. Por fortuna, quizá yo le indique á usted quién pueda llenar sus deseos: conozco un capitalista que trata da formar una compañía por acciones, cuyo objeto puede interesar á la aristocracia española, y ha pensado que un nombre como el de usted al frente de sus anuncios sería un poderoso llamativo. En recompensa una fuerte prima...

LUIS. (Interrumpiéndole.) Basta, basta: mi nombre no se alquila.

IGNAC. No me gustaba á mí la proposicion más que á ustede pero he debido hacérsela... Vea usted otra que quizá le agrade más. Tengo entre mis clientes un honrado y rico comerciante, cuya hija no tendría inconveniente en recibir con su mano de usted el título de marquesa.

LUIS. Si mi nombre no se alquila, tampoco se vende. Ademas, en el estado de mi fortuna, mi título es un título irrisorio, y estoy resuelto á no llevarle. Mi nombre es Luis de Velasco: así me llamaré en adelante.

IGNAC. (Frotándose las manos alegremente.) Sabe usted, jóven, que es difícil colocarse con esas ideas? Encuentro en usted desde hace un momento gran semejanza con su señora madre.

LUIS. (Sonriendo tristemente.) ¿Con mi madre? Creo que no siempre me han dicho que era el vivo retrato de mi abuelo paterno, Santiago de Velasco.

IGNAC. Á pesar de todo, los ojos y la sonrisa...

ESCENA VII.

DICHOS, JUAN.

JUAN. Aquí están los papeles.

IGNAC. ¡Ah! sí; es el legajo y... Faltan sin embargo dos ó tres documentos importantes que tengo en la escribanía... á dos pasos de aquí... Si usted quisiera venir conmigo echaría al mismo tiempo dos ó tres firmas indispensables.

LUIS. Vamos donde usted quiera. (Á Juan.) Arregla esos papeles sobre la mesa. (Sale con D. Ignacio despues de algunas ceremonias de este.)

ESCENA VIII.

JUAN, despues BRÍGIDA.

JUAN. Ni siquiera me dará las gracias. (Arreglando los papeles.)

BRIG. Dime, Juan, ¿sabes si el viejo le ha convidado á comer?

JUAN. No sé, nada he oido... Ni qué me importa á mí...

BRIG. ¡Pobre don Luis!

JUAN. ¡Ya me tienes cansado con tu don Luis! Tengo yo la culpa de que se haya arruinado?

BRIG. Tú verás como el dia ménos pensado se mata.

JUAN. Bueno; si se mata le enterrarán... ¿y qué?

BRIG. ¿Y qué? que yo he comido el pan de su familia, y él no tiene ahora ni pan que comer... Su desayuno de esta mañana ha sido un vaso de agua! pobre señorito! Un jóven criado entre encajes y alimentado con manjar blanco!... y apuesto á que se queda tambien sin comer, porque es demasiado altivo para...

JUAN. ¡Altivo! ¡Altivo! Cuando uno es pobre no debe ser altivo.

BRIG. Juan, tú tienes hecha una solicitud para ser conserje...

JUAN. Sí, de la casa de fieras...

BRIG. Pues nunca lo serás, porque tus sentimientos son lo de un portero.

JUAN. ¡Señora Brígida!

ESCENA IX.

DICHOS, D. LUIS.

JUAN. (Con humildad servil.) Señor marqués, ya están arreglados los papeles... ¿El señor marqués tiene algo más que mandar?

LUIS. Nada, dejadme.

JUAN. Al momento, señor marqués, al momento. (Ap. al salir.) (Un marqués arruinado... Phs.)

ESCENA X.

D. LUIS.

No me he atrevido... no me he atrevido á pedirle una limosna... Y sin embargo no hubiera sido una limosna, cuando tiene en su poder dinero mio... Pero no me he atrevido... Mañana le veré temprano y confío en que él mismo me ofrecerá... No se muere nadie por ayunar un dia... ¡Ah! Si he cometido el pecado del orgullo, tambien estoy ya castigado, pues que verdaderamente padezco... ¿Y por qué no he de ir á comer á una fonda cualquiera? En todas soy conocido, y diciendo que he olvidado mi portamonedas, que vengan á cobrar mañana... Mil veces me ha sucedido en otro tiempo... No, ahora no! Me repugnan todos esos recursos petardistas de la miseria: es una pendiente muy resvaladiza para el pobre, no quiero poner en ella el pie! Si pudiera dormir. (Se sienta en la butaca.) ¡El hambre!... había oido yo este nombre como una palabra vana, pero hay en efecto un sufrimiento que así se llama, y... ¿hay en efecto criaturas humanas que padecen casi diariamente

lo que padezco yo en este momento? Y al fin yo sufro solo, porque mi hermana, el único ser que me interesa, se sonrie aún en su feliz ignorancia de nuestro infortunio; pero los que oyen el grito desgarrador de sus entrañas repetido por seres adorados, por mujeres pálidas, por niños sin sonrisa... ¡Desgraciados! ¡Oh santa caridad! (Se duerme: música en la orquesta hasta que despierta D. Luis.)

ESCENA XI.

BRÍGIDA, D. LUIS.

BRIG. ¿Duerme? tanto mejor. (Entra sin meter ruido, trayendo algunos platos en una bandeja: aproxima el velador, le cubre con un mantel, y coloca encima los platos.)

LUIS. (Despertando.) ¡Ah! aún en sueños no veo más que festines, banquetes, mesas cubiertas de... ¿Qué veo?... (Reparando en el velador.) ¿Qué hace usted ahí? (Á Brígida.)

BRIG. ¿No ha pedido usted la comida, señorito? (Aparentando sorpresa.)

LUIS. No por cierto.

BRIG. El niño me había dicho que...

LUIS. El niño se ha engañado. Será otro inquilino. .

BRIG. No hay otro inquilino en este piso, no hay mas que un sotabanco.

LUIS. En fin, eso no es para mí; ¿me he de cansar en repetirlo? Llévesela usted.

BRIG. El señorito ha comido ya sin duda. (Recogiendo tristemente los platos.)

LUIS. Sin duda.

BRIG. ¡Qué lástima! porque la comida se está enfriando, se echará todo á perder; Juan regañará al niño... Si el señorito no hubiera comido, por casualidad, me hubiera alegrado tanto de...

LUIS. Váyase usted, váyase usted, Brígida. (Se levanta, y apro-

ximándose á ella la dice con dulzura.) La comprendo á usted y le doy gracias; pero estoy algo indispuesto y no tengo apetito.

BRIG. ¡Ah! Señorito, (Volviendo á dejar la bandeja sobre el velador.) si usted supiera cuánto me hace sufrir.. Usted me pagará la comida. corriente; (Con emocion.) usted me pondrá el dinero en la mano cuando le convenga; pero puede usted estar seguro de que aunque me diera un millon no se lo agradecería tanto como verle comer ahora mis pobres manjares... Sería una obra de caridad la que haría usted conmigo... ¡Vaya! usted debe comprender bien esto, don Luis, usted que tiene talento.

LUIS. Pues bien, mi buena Brígida, yo no puedo darte un millon, pero voy á comer lo que me has traido. (Sentándose bruscamente delante del velador.)

BRIG. ¡Oh, gracias, don Luis, gracias! usted tiene buen corazon...

LUIS. Y buen apetito, Brígida... ¿Pero me dejará usted? ¡eh!

BRIG. Sí, señor... y gracias, muchas gracias...

LUIS. Brígida, déme usted la mano... No es para darla dinero, ¡no! Un apreton, ¡así! (Brígida sale llorando.)

ESCENA XII.

D. LUIS, despues D. IGNACIO.

LUIS. ¡Ea! ¡nada de niñerías! (Llevándose el pañuelo á los ojos. y comamos, puesto que lo hay... ¡Lo que es la privacion! tengo ménos apetito que el que me aquejaba hace un momento... Esta pobre portera, á quien yo acusaba, ha sido para mí un ángel de consuelo!... En fin, ya puedo vivir hasta mañana y esto es algo. (Se oye á Brígida hablar con D. Ignacio en la escalera, ábrese la puerta y Brígida se retira al momento. Luis se levanta.)

IGNAC. (Con sentimiento.) En nombre del cielo, señor marqués, como no me había usted dicho... ¡Jóven! ha sido mal

hecho; ha ofendido usted mi amistad... ¿No tenia usted confianza en este anciano?

LUIS. ¡Don Ignacio!

IGNAC. ¡Pobre don Luis! (Estrechándole en sus brazos.) Vaya, no pensemos más en ello... Coma usted, amigo mio, y coma alegremente, porque le traigo una buena noticia.

LUIS. ¿De veras? (Dándole una silla.)

IGNAC. Ya tiene usted empleo.

LUIS. ¿Empleo?

IGNAC. Sólo que no sé si le agradará. Esta mañana he llegado de las Provincias Vascongadas; allí, en un risueño valle cerca de Tolosa, hay una familia muy rica, la familia de Novoa, cuya confianza absoluta poseo. Tenían hace veinte años un administrador llamado Urquiza, que era... un bribon; á mi paso por allí supe que estaba gravemente enfermo y pedí para un amigo mio, cuyo nombre reservé, el empleo, que segun todas las probabilidades, iba á quedar vacante.

LUIS. Pero no me había usted dicho...

IGNAC. En primer lugar yo había tenido muy pocas veces el honor de hablar con usted, y necesitaba ante todo conocerle; y ademas que sólo al entrar en mi casa, hace poco, es cuando he sabido por una carta de la viuda de Novoa hijo, el fallecimiento del administrador. De consiguiente, hé aquí las condiciones: usted será conocido únicamente en aquella casa por el nombre de don Luis de Velasco, habitará usted un pabellon en el jardin, y su sueldo anual será bastante decoroso para que pueda realizar su honroso pensamiento de reunir un dote para su hermana. ¿Le conviene á usted?

LUIS. Sí por cierto; y no sé cómo dar á usted las gracias por su previsora bondad. Lo único que temo es ser un administrador bastante novicio.

IGNAC. Usted es abogado y entiende los negocios. Y ademas, como yo he escrito á la señora de Novoa, lo que á usted le falta, puede aprenderlo en dos meses, y tiene usted lo que cincuenta años de experiencia no pudieron en-

señar á su predecesor... la probidad. Ya le he visto á usted en una ocasion de prueba, y respondo de usted.

LUIS. Pues bien. estoy pronto. (Levantándose.)

IGNAC. ¿Pronto á marchar mañana?

LUIS. ¿Mañana?

IGNAC. Es preciso, porque entre todos los de aquella casa no son capaces de poner un recibo si se ofrece. Mi excelente amiga la señora de Novoa especialmente, con la indolencia peculiar de su orígen, porque es criolla...

LUIS. ¡Ah! es criolla. (Vivamente.)

IGNAC. Sí, jóven; es una criolla... vieja. Por otra parte su hija...

LUIS. ¡Ah! tiene una hija.

IGNAC. Sí, que es más jóven...

LUIS. Naturalmente.

IGNAC. En fin, usted los verá á todos, y juzgará por sí mismo.

LUIS. ¿No podría yo sin ser indiscreto pedir á usted, para mi gobierno, algunos detalles sobre las personas con quienes voy á hallarme en contacto?

IGNAC. Amigo mio, el artículo personal es siempre muy delicado. Sin embargo, (Con reserva.) veamos... Sin hacer mencion de los vecinos, ni de los amigos, hay en el magnífico caserío adonde usted va, cinco personas. En primer lugar debo citar á usted á don Pedro Novoa, el padre, célebre guerrillero de la guerra de la Independencia, que vino á principios de este siglo de Méjico con una gran fortuna, y que hoy tiene más de ochenta años y la cabeza un poco trastornada. Luégo, doña Elena, viuda del hijo de Novoa, criolla americana, con algunas manías, pero bello corazon, y Margarita, su hija, cabeza un poco romancesca, pero bello corazon tambien. Despues, en segundo órden, doña Trinidad, prima en tercer grado, recogida en la casa, viuda de un comerciante arruinado de Bilbao... carácter agrio, y en fin, una señorita Luisa, aya jóven de Margarita, talento cultivado, carácter... talento cultivado, en una palabra. Ahí tiene usted lo que deseaba saber.

LUIS. ¿Conque es decir que entre cinco habitantes hay dos bellos corazones? Es una proporcion magnífica.

IGNAC. Ciertamente... ¿Conque no olvidará usted el dote de su hermana?

LUIS. Pensaré siempre en él.

IGNAC. Pues bien, amigo mio, valor. Mañana comeremos juntos, y por la tarde saldrá usted en el correo para Tolosa. Hijo mio, (Gravemente.) puedo decir que sólo conozco á usted bien desde hoy, y sin embargo, soy su fiador, respondo de usted en todos conceptos. Nunca tendré por qué arrepentirme; ¿no es verdad?

LUIS. He hecho á la memoria de la que conocí demasiado tarde un juramento, que cumpliré siempre; el de no cometer ninguna accion de la que pudiera avergonzarse la santa que fué mi madre.

IGNAC. Estoy tranquilo. Hasta mañana. (Sale.)

LUIS. Hasta mañana. ¡Administrador! Vamos, ánimo, Luis; no hay hombre que no cuente en su vida una novela... Ahora empieza la tuya.

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

Salon de verano en la quinta de Novoa; al fondo una galería que deja ver un terrado adornado con estátuas y jarrones, y cerrado por una balaustrada; una escalera de poca altura da paso al resto de los jardines. En el salon á la derecha del actor, una ventana, y cerca de ella un piano, á la izquierda un velador cubierto de libros y periódicos; muebles elegantes, floreros llenos de flores naturales, un brasero.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA, DOÑA ELENA, LUISA, DOÑA TRINIDAD, D. RICARDO, el DOCTOR GONZALEZ.

Al alzarse el telon algunas jóvenes en traje de verano pasean por el terrado, D. Ricardo habla y rie con ellas, el Doctor Gonzalez lee un periódico; Doña Elena envuelta en pieles, y rodeada de cojines de terciopelo y de tapicería, está sentada á la izquierda, leyendo y aproximando su mano de cuando en cuando al calor del brasero: Margarita sentada junto á su madre borda en tapicería: Luisa arregla flores en un jarron, Doña Trinidad sentada á la izquierda hace calceta.

RIC. Convenido, niñas, convenido. (Á las jóvenes que están en el terrado.) Señoras, estas niñas desean (Entrando en el salon.) valsar un poco en el terrado.

ELENA. ¡Cómo! con un sol de Junio...

RIC. (Poniéndose los guantes y aproximándose á Margarita.) Es que las flores no temen al sol. Margarita, me atrevería yo á

esperar?...

MARG. ¡Oh! yo... yo temo al sol, doy á usted gracias; prefiero tocar. (Se levanta y se dirige hácia el piano.)

RIC. ¡Siempre cruel! (Á media voz cuando Margarita pasa á su lado.) ¿Y usted, Luisita, quiere favorecerme?

LUISA. Con mucho gusto. (Tomando el brazo de D. Ricardo.)

RIC. ¡Siempre encantadora! (Á media voz.) Vamos, señoritas, en baile. (Alto y dirigiéndose al terrado. Margarita empieza á tocar un vals, Ricardo, Luisa, y las otras jóvenes empiezan á valsar y desaparecen.)

ELENA. ¿Ha visto usted mi nuevo invernadero, Doctor?

DOCT. No, señora. (Levantándose.)

ELENA. Pues es preciso que se le enseñe á usted yo misma, si puedo arrastrarme hasta allí.

DOCT. ¿Qué es eso de arrastrarse? Cuando ostenta usted una salud y una robustez... Está usted hoy por la mañana fresca como el rocío.

ELENA. ¡Mejor diría usted fría como la escarcha! Es una cosa extraordinaria en los veinte años que han trascurrido desde que vine de Méjico á las provincias del norte de España, todavía no he podido entrar en calor.

DOCT. ¡Tanto mejor! ¡Tanto mejor! El frio vigoriza, conserva... (Pasando á la derecha.) Y usted, doña Trinidad, ¿cómo se encuentra hoy?

TRIN. (Con tono doliente.) ¡Oh: siempre débil, Doctor, he tenido vértigos toda la mañana.

DOCT. ¡Bueno! ¡tanto mejor; perfectamente! señal de fuerza.

TRIN. (Con tono confidencial.) Es que el disgusto me consume, Doctor. ¡Se me trata aquí tan indignamente!

DOCT. ¿Todavía? pues cómo...

TRIN. No ha reparado usted en el almuerzo... Me ponen las croquetas frias... los sesos sin rebozar... todas las iniquidades posibles!... soy el juguete de los criados... Comprende usted lo que es eso, Doctor, cuando una ha comido en vajilla de plata y blasonada!... ¡Ah! nadie sabe lo que yo sufro en esta casa, ni lo sabrá jamás, porque cuando una es altiva no se queja!... ¡Bien ve

usted que yo no me quejo, que me callo; pero siempre estoy pensando en lo mismo!

DOCT. (Impacientado.) Sí, sí, no hablemos más de eso, y refresque usted frio, muy frio... esto la calmará.

TRIN. ¡Ah! ¡nada podría calmarme... mas que la muerte!

DOCT. Basta, señora, (Volviéndose hácia el terrado, donde aparecen de nuevo los que bailan.) basta. ¡Este don Ricardo es infatigable! Despues de haber corrido á caballo toda la mañana, baila como un desesperado. (Repentinamente se interrumpe el vals al ver los que bailan en el fondo á D. Luis, que aparece con un álbum bajo el brazo, y un pequeño saco de viaje en la mano: Fabian le acompaña.)

ESCENA II.

DICHOS, D. LUIS, FABIAN.

MARG. ¿Qué es eso? (Levantándose y dejando de tocar.)

FAB. Señora, es el señor de Velasco, el nuevo mayordomo.

ELENA. Cómo... ¿ese? (Incorporándose para ver mejor á D. Luis.)

FAB. Al ménos segun él dice...

ELENA. Que entre... (Mientras que Fabian á buscar á D. Luis y toma su saco de noche.) ¡Pero este buen don Ignacio, que me habla de un jóven muy sencillo, muy juicioso, y me envía todo un elegante como ese!

RIC. Verdaderamente que es un mayordomo original.

LUISA. (Ap. y observando con sorpresa á D. Luis.) (Es el marqués de Valleumbrío, sí, le he visto varias veces en el colegio. (D. Luis entra y saluda.)

ELENA. Caballero... Usted es el señor de...

LUIS. Velasco, señora.

ELENA. Sí, Velasco, el... administrador, el... el mayordomo que don Ignacio...

LUIS. Justamente, señora.

ELENA. ¿Está usted seguro...

LUIS. ¡Oh! señora, ya lo creo. (Sonriendo.)

ELENA. En fin, muy bien, caballero. Damos á usted las gracias por querer consagrarnos sus conocimientos, su

ingenio, del que necesitamos verdaderamente, porque tenemos la desgracia de ser sumamente ricos. Sí, mi querida prima; (Doña Trinidad alza los hombros con desden.) digo la desgracia, porque para mí la riqueza es un peso, es la pura verdad: había yo nacido para la pobreza, los sacrificios... hubiera sido una excelente hermana de la Caridad, ó bien como aquellas mujeres de las tribus errantes de mi tierra natal, hubiera recorrido los valles haciendo mi comida á la sombra de un cocotero... Esto es muy poético y me hubiera encantado... En fin, Dios lo ha dispuesto de otro modo, es preciso resignarse. Por otra parte, esta fortuna es únicamente mia, y mi deber es conservarla para mi hija, aunque la pobre niña no es tampoco más amiga de la riqueza que yo. ¿No es verdad, Margarita? (Esta responde con un gesto desdeñoso.) Fabian, va á enseñar á usted el pabellon que le está destinado. Pero ántes sería bueno que se presentara usted á mi padre político, don Pedro Novoa... Fabian, ve si don Pedro puede recibir al señor. (Se levanta con trabajo y abrigándose.) ¡Uf! Y bien, Doctor, ¿quiere usted venir á ver mi invernadero?

DOCT. Con mucho gusto, señora.

ELENA. Venga usted tambien, don Ricardo.

RIC. ¡Señora!

FAB. (Volviendo á entrar.) Señora, el señor va á bajar.

ELENA. ¡Ah! bueno; entónces puede usted esperarle aquí. (Á D. Luis.)

LUIS. Está bien, señora

ELENA. (Á Margarita.) Si quisieras tú quedarte para presentarle á tu abuelo...

MARG. Bueno, mamá.

ELENA. Hasta luégo, señor de Velasco. (Toma el brazo del Doctor y se aleja.)

RIC. Singular mayordomo. (Siguiéndolos.)

LUISA. (Saliendo con ellos y aparte.) Sea; guardémosle su secreto hasta nueva órden.

ESCENA III.

MARGARITA, D. LUIS, FABIAN en el fondo.

MARG. (Despues de una pausa.) ¿Es la primera vez que viene usted á las Provincias Vascongadas?

LUIS. La primera, señorita.

MARG. Es un país que gusta mucho á los viajeros.

LUIS. ¡Oh! Señorita, es lo más pintoresco... Yo no he hecho más que atravesarle rápidamente; pero lo que he visto me ha encantado. ¡Qué valles sembrados de caseríos! ¡Qué montañas!... ¡qué bosques! ¡qué horizontes tan nebulosos!

MARG. ¡Ah! Es usted artista. (Con tono algo desdeñoso.) Veo que le gusta á usted lo que es bello, lo que habla á la imaginacion y al alma... La bella naturaleza, los bosques, las ruinas, las bellas artes!... Entónces se entenderá usted perfectamente con Luisa, que adora todas estas cosas, de las que yo no gusto mucho por mi parte.

LUIS. (Alegremente.) ¡Dios mio! ¿Y qué es lo que á usted le gusta, si se puede saber?

MARG. (Le dirige una mirada altanera que le corta la palabra, deja su labor y se aleja.) Voy á buscar á mi abuelo, Fabian. (Váse.)

ESCENA IV.

LUIS, FABIAN.

LUIS. Vamos, me olvido de que no tengo aquí el derecho de hablar como igual á nadie, excepto á este hombre... (Viendo á Fabian, que ha venido lentamente á ponerse á su lado.) ¡Ah! ¡es bien amargo!... Dígame usted, amigo mio, don Pedro Novoa es ya muy anciano, ¿no es verdad?

FAB. Mucho, sí, señor... ochenta y pico...

LUIS. Creo que es un bravo veterano un, guerrillero...

FAB. Un valiente guerrillero fué, allá, en la guerra de la In-

dependencia... Ya, ya verá usted arriba, en la galería algunos cuadros de los combates en que se encontró... ¡Era un hombre terrible! ¡Siempre con la espada en la mano! Tiene muertos más franceses... Si ellos le hubieran podido coger... si hubieran podido...

LUIS. Por fin no pudieron...

FAB. No señor, no pudieron... ¡facilito era! ¡Ha sido un hombre tremendo! y todavía... Cuando se pasea solo por las tardes en la galería, soñando allá en sus peleas con los franceses, tiene momentos en que parece que se le va el juicio... y en que me da miedo, á mí, señor, no soy dueño de mí... me da miedo!

LUIS. ¡Bah!

FAB. Aquí le tiene usted.

LUIS. ¡Pobre viejo! ¡Á fé mia que no tiene el aspecto tan terrible!

ESCENA V.

DICHOS, MARGARITA, D. PEDRO.

MARG. Por aquí, padre mio. (Haciéndole entrar.) Así... Es mi abuelo. (Á D. Luis.) El señor de Velasco, el nuevo mayordomo. (Á D. Pedro.)

NOVOA. Bien, hija mia, bien: buenos dias... (Mira á D. Luis y parece repentinamente sorprendido é inquieto. D. Luis, asombrado de aquella mirada, se calla.)

MARG. Pero hable usted, diga usted algo. (Á D. Luis, despues de una pausa.)

LUIS. Dios mio, señorita... (Con embarazo.)

MARG. Hable usted... (Á su abuelo.) Padre mio, el nuevo mayordomo...

LUIS. Señor de Novoa, me considero muy dichoso en poder consagrar á usted mis servicios.

NOVOA. Pero no es posible... (Mirándole siempre con un aire de extravío creciente.) ¡Murió! ¡murió!

LUIS. Cómo... (Á Margarita.)

MARG. El otro mayordomo. (Hace señas á D. Luis para que continue.)

LUIS. ¡Ah! tanto más dichoso, señor de Novoa, cuanto que he oido hablar de sus gloriosos hechos de armas, y tambien cuento en mi familia militares que como usted han medido sus armas con los franceses.

NOVOA. ¡Ah! ¡los franceses!. . (Levantándose.) Sí, ellos; pero caro lo han pagado. (Con extravío.) Ha habido sangre, mucha sangre!...

MARG. ¡Padre mío!... (Á Luis.) Haga usted el favor de retirarse: vaya usted á reunirse con mi madre.

LUIS. (¡Bonito principio! Entro con buen pie.)

ESCENA VI.

MARGARITA, D. PEDRO NOVOA.

MARG. ¡Padre mio! ¡padre mio! ¿Qué pensamientos te agitan?... Vuelve en tí: soy yo, Margarita, tu nieta...

NOVOA. Tú... ¿Eres tú?... (Volviendo en sí poco á poco.) Sí... estás sola, ¿no es verdad? Pero ¿quién estaba aquí ahora?

MARG. Era nuestro nuevo mayordomo, don Luis.

NOVOA. Don Luis... No recuerdo... Es particular... había creido reconocer aquel rostro. Soy yo tan viejo, hija mia, he conocido tanta gente, hay tantos rostros que pasan como fantasmas por mi pobre memoria secular... Y bien, hija mia, ese jóven tiene muy buenas maneras, segun parece.

MARG. Sí, señor.

NOVOA. Creo que me agradará. ¿Juega al ajedrez?

MARG. Aún no lo sé.

NOVOA. Veremos, veremos. (Riendo.)

ESCENA VII.

DICHOS, DOÑA TRINIDAD.

TRIN. (Llegando apresuradamente.) ¡Ah! ¿cómo está mi querido

primo? Acaban de decirme que estaba indispuesto y he corrido más muerta que viva.

NOVOA. (Con alguna ironía.) Muy bien, prima, demasiado bien... No ha sido nada, un vahido...

TRIN. ¡Ah! tanto mejor... ¿No quiere usted dar una vuelta por el terrado? El aire libre es muy saludable... Apóyese usted en mi brazo.

NOVOA. Corriente, vamos... (Á Margarita.) Hasta luégo, hija mia! ¡Ah! pregúntale si juega al ajedrez.

MARG. Bien, abuelito, bien.

NOVOA. Pregúntaselo.

TRIN. Despacio, despacito... Así. (Le va sosteniendo.)

ESCENA VIII.

MARGARITA.

¡Esta escena me ha hecho daño, me ha turbado! Aquellas extrañas palabras... ¡Ah! Es la imaginacion debilitada de un anciano... Verdaderamente que hay momentos en que yo misma tengo pensamientos singulares... (Al volverse ve á su madre, que viene apoyada en el brazo de D. Luis, con quien sostiene una conversacion muy animada.) ¡Cómo! ¿mi madre toma el brazo de ese jóven!

ESCENA IX.

D. LUIS, DOÑA ELENA, D. RICARDO, LUISA, MARGARITA.

ELENA. (Entrando con D. Luis.) Exactamente lo mismo que yo. ¡Pensamos de la misma manera! Es admirable. Caballero... (Dejando su brazo y saludando. Luis se queda un poco detrás hojeando un libro.) Tú estás admirada, hija mia, ¿no es verdad? (Á Margarita.) Tambien yo lo estoy... El hecho es, que es un hombre de muy buena educacion, habla muy bien; ha viajado mucho; piensa exactamen-

te como yo. En fin, charlando, charlando, he olvidado enteramente su posicion, y me hé cogido á su brazo sin reparar lo que hacía... Creo, hija mia, que será muy mal mayordomo; pero es un hombre muy agradable. (Se coloca en su sillon á la izquierda.)

MARG. Tanto mejor, mamá (Toma de nuevo su bordado.)

RIC. (Que se ha quedado en el fondo con las jóvenes de la escena primera.) Pero niñas, ¿ustedes quieren matarme? sea, aunque me suicide. (Adelantándose.) Reclamamos la terminacion del vals que quedó interrumpido...

MARG. ¿Cómo? ¿otra vez? Pero entónces, nunca acabaré esta tapicería, y quería enviarla esta tarde á Tolosa, para que el tapicero concluyese lo que á él le toca.

RIC. En ese caso voy á perder mi pareja.

LUIS. Si esta señorita lo permite, yo tocaré un vals.

MARG. (Cambiando una mirada de sorpresa con su madre.) ¿Si usted quiere favorecernos? (Luis se pone al piano y toca.)

ELENA. ¡Ahora toca el piano!

RIC. ¡Mayordomo como este! (Dirigiéndose al terrado.) Otra vez soy de usted, Luisita; pero por poco tiempo; estoy cansado y se siente ya el calor. (Empiezan á valsar y desaparecen.)

ELENA. Hija mia, ¿sabes que esto empieza á inquietarme?

MARG. ¿Por qué, madre mia?. (Con gravedad.) Bien puede un hombre tocar el piano, y sin embargo ser un hombre honrado.

ELENA. No diré lo contrario; pero al cabo no puede una acostumbrarse á la idea de que es un mayordomo, nunca me atreveré á darle mis órdenes... Y luégo, ¿cómo quieres que un caballerito tan perfilado atraviese á pie nuestros sembrados, y se manche en los barros de los caminos?... (Reparando en el álbum que Luis dejó al entrar sobre el velador.) ¡Es imposible! ¿Qué álbum es este?

MARG. Me parece que le tenía en la mano cuando entró.

ELENA. No faltaba más que esto. (Abriendo el álbum.) ¡Dibuja! y muy bien por cierto... Mira, mira...

MARG. Sí; está muy bien dibujado.

RIC. (Entrando en el salon.) ¡No puedo más á fé mia, no puedo más!... Me doy por vencido... Renuncio al baile. (Cayendo en una butaca.) Gracias, señor mio, gracias, gracias; (Á D. Luis.) toca usted admirablemente.

LUIS. Caballero... (Levantándose del piano y saludando.)

ELENA. Perdone usted nuestra indiscrecion, señor de Velasco, ¿ha dibujado usted esto?

LUIS. Señora, yo dibujo... un poco; pero este álbum no vale nada...

ELENA. Sí tal, sí tal; vea usted, don Ricardo, ¡qué sombras, qué contornos, qué detalles!

RIC. No haría más Salvator Rosa.

ELENA. ¿De dónde está tomada esta vista?

LUIS. Señora, del parque del príncipe de Villa-Altieri, en Sicilia.

RIC. ¿De Villa-Altieri? Sí, yo he pasado por allí; pero no pude ver el parque porque el príncipe no permitia la entrada á los extranjeros.

LUIS. Es cierto, no permite á todo el mundo... (Deteniéndose y con una transicion.) Pero señora, la benevolencia de usted me hace olvidar demasiado tiempo mis deberes. Con permiso de usted, y para tomar posesion de mi cargo desde este momento, voy á visitar la granja de Alsásua, de que hablábamos hace un momento, y que creo que se halla á una legua de aquí.

ELENA. ¿Mi granja de Alsásua?... Sí... pero ha llovido estos dias, y el camino estará intransitable. Esperemos á que la estacion esté más adelantada. (Ap.) (¡Cuidado, que es embarazoso un mayordomo semejante!)

LUIS. (Con tono alegre.) No señora no; no esperaré ni un solo dia. ¡Ó soy mayordomo ó no lo soy!

ELENA. Sí, pero veamos... (Viendo á Fabian que aparece en el jardin regando flores.) ¡Fabian!

ESCENA X.

DICHOS, FABIAN.

FAB. Señora...

ELENA. ¿Cómo haríamos para que no fuera á pie el señor de Velasco á la granja de Alsásua?

FAB. Se podría enganchar la tartana aquella que fué del padre cura, aunque tiene mal movimiento y está algo rota... (Doña Elena le hace señas de que se calle.) Pero es el caso que el camino es de herradura y...

ELENA. Pero mi berlina, ¿no podría...

LUIS. Señora, suplico á usted...

FAB. Cuando digo que el camino es de herradura, y en algunos sitios tan estrecho que no podrán pasar juntos dos caballos...

LUIS. Señora yo iré perfectamente á pie...

ELENA. No lo permitiré... cierto que en casa hay media docena de caballos de silla, que están deseando que los den un paseo, y si usted montara... Pero probablemente usted no...

LUIS. ¿Por qué no?... Pero siento incomodar.

ELENA. Fabian, que ensillen un caballo... ¿Cuál será más dócil' Margarita?

RIC. Que le den á Pluton.

MARG. ¡No, Pluton, no!

LUIS. ¿Y por qué no, señorita?

MARG. Porque es un potro sin domar y le arrojaría á usted al suelo.

LUIS. Si no es más que eso, (Á Fabian.) que ensillen á Pluton. ¿es tan temible ese potro?

RIC. No es cosa. . El montar (Con sorna.) es lo difícil... Luégo, una vez en la silla y con espuelas... ¿Quiere usted las mias?

MARG. ¡Don Ricardo! (Con tono de reconvencion.)

LUIS. Doy á usted gracias, caballero, y acepto su ofreci-

miento.

RIC. (Junto á la ventana como dando órdenes á una persona colocada fuera.) Da mis espuelas á este caballero.

LUIS. Señoras... (Saludando.)

ELENA. ¿Nos hará usted el honor de comer con nosotros?

LUIS. ¡Señora! (Váse.)

RIC. ¡Singular mayordomo!

ESCENA XI.

DICHOS, ménos LUIS y FABIAN.

MARG. Pero, don Ricardo, no comprendo á usted... Quiere usted que se mate?

RIC. Deje usted que...

ELENA. ¿Pero verdaderamente hay peligro? Porque entónces...

RIC. No hay peligro, señora, caerá sobre la yerba... No conocen ustedes que merece una leccion?

ELENA. ¿Y por qué?

RIC. ¡Es un vanidoso!... No ha querido hacernos creer que es amigo del príncipe de Villa-Altieri?

ELENA. ¡Él no ha dicho eso, usted lo supone!... ¡Oh! si hay peligro voy á llamarle... (Se acerca á la ventana acompañada de Margarita; D. Ricardo y Luisa se colocan un poco detrás.)

RIC. No tenga usted cuidado... (Mirando por la ventana.) ¡Ahí está Pluton!... Es un verdadero diablo... si hay diablos potros... ¡Oh! como el otro se le arrime... vaya una onza de oro contra un duro á que no llega á colocarse en la silla? ¿No hay quien apueste por él?

MARG. Yo apuesto.

RIC. ¡Corriente!

ELENA. Don Ricardo, no me gustan estas bromas...

RIC. ¡Ah! ya se acerca al estribo... ¡Bueno, paf! ¡Patapan!... vaya un bote... Cuando digo que no monta... ¡Paf! otro... Usted ha perdido, Margarita.

MARG. ¡He ganado!

RIC. ¡Diantre! ¡Ha montado sin poner el pie en el estribo!...

Pero este hombre viene de Madrid y habrá trabajado en el Circo de Price...

MARG. Diga usted lo que quiera, es nuestro maestro. (Le aplaude.)

RIC. ¡Sí, bravo, bravísimo! (Aplaudiendo tambien.) Me desagrada soberanamente este mocito.) (Ap.)

ELENA. ¡Cuando digo que es un jóven que me encanta! (Á Don Ricardo.)

RIC. ¡Sí, encantador, encantador... mayordomo!

MARG. (¿Quién es este hombre?) (Ap. pensativa.)

LUISA. (¿Cuándo he soñado yo que era marquesa?) (Lo mismo.)

FIN DEL CUADRO SEGUNDO Y ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

Una plazoleta de la posesion de Novoa, en la cual vienen á desembocar varias calles de árboles: debajo de los del foro un dolman que se verá distintamente; un banco de césped al pie de un árbol de la derecha; sillas y bancos de jardin.

ESCENA PRIMERA.

D. LUIS, FABIAN, que saca un asiento de jardin y un velador.

Luis. Ponga usted ahí ese asiento; supuesto que por esta tarde no tengo nada mejor que hacer, voy á entretenerme en dibujar esos árboles y ese dolman.

Fab. ¡Ah! sí, el dolman; por cierto que el señor cura tenía mucho empeño en que le quitaran de aquí... pero la señorita no ha querido... Dice que es el mejor ornamento del jardin... y al fin le han dejado.

Luis. Esta mañana, segun me han dicho, ha salido usted á dar un paseo á caballo con la señorita.

Fab. Sí señor. (Sonriéndose.)

LUIS. (Afilando el lapiz.) Tiene usted muy buena facha á caballo.

FAB. Usted se chancea. . La señorita sí que está bien á caballo: mire usted, señor don Luis, cuando tengo a suerte de acompañarla...

LUIS. Pues qué, ¿no la acompaña usted siempre?

FAB. No por cierto... la señorita se vá muchas veces sola... Caprichos suyos que la señora la consiente. Pero no tenga usted miedo que la suceda nada... Hace tantas limosnas, que no hay caserío en seis leguas á la redonda donde no la veneren como á un ángel.

LUIS. (¡Mujer singular!)

FAB. Pues como iba diciendo á usted, cuando tengo la suerte de ir acompañando á la señorita me paso el tiempo en admirarla. Tiene tan buen aire á caballo con su pluma negra y su cabeza erguida... Cualquiera diría que era una reina.

LUIS. Pero ¿por qué está siempre seria? (Dibujando.)

FAB. ¡Ah! pues ahí está .. Antes era alegre como un pajarillo y de repente ha cambiado... Vaya usted á saber por qué... yo apostaría á que el corazon... ya sabe usted que las muchachas...

LUIS. Si con eso quiere usted decir que ama á don Ricardo; en su mano está casarse con él.

FAB. Lo que es eso, no hay duda, porque don Ricardo la ha pedido bastantes veces; y en honor de la verdad sería un buen casamiento, porque despues del amo es el hacendado más rico de Guipúzcoa... Y el caso es que hace tres meses, cuando el señor don Pedro llegó aquí, se dijo que la señorita había al fin consentido... pero de repente se arrepintió y pidió tiempo para reflexionarlo mejor.

LUIS. Usted debe desear que se haga esa boda, Fabian.

FAB. ¿Por qué?

LUIS. Porque don Ricardo es de una de las primeras familias del país y á usted le gusta la nobleza...

FAB. ¡Oh! en cuanto á eso, señorito... verdad es que me

gusta la nobleza, porque aquí en las Provincias hacemos todos gala de ser nobles y me he criado con esas ideas. ¿Por qué cree usted que tengo tanto gusto en servirle? Porque tiene usted todos los aires de un caballero.

LUIS. ¡Oh! usted me adula, Fabian.

FAB. No señor, no; usted tiene todos los aires de un caballero, moral y físicamente. Y yo ¿qué quiere usted? creo que vale más tener trazas de caballero y no serlo, que serlo y no portarse como tal. Y si no ahí tiene usted á don Ricardo, que dice que ama á la señorita y quiere casarse con ella, y eso no le impide hacer el sultan Dígalo la dichosa aya doña Luisita.

LUIS. Vamos, vamos; no haga usted juicios temerarios, Fabian.

FAB. Es verdad, es verdad... Tiene usted razon, señorito, tiene usted razon. (Da algunos pasos para marcharse y vuelve piés atrás.) Qué lástima que el señorito no tenga siquiera quince mil duros de renta.

LUIS. ¿Por qué, Fabian?

FAB. ¿Por qué?... ¿No me necesita usted más, señorito? (Sonriendo con la sorna de un viejo.)

LUIS. No, gracias, mi buen Fabian. (Fabian se retira.) ¡Ah! diga usted... aquí tengo tintero y pluma; pero la carta... ¿esa carta empezada que yo quería acabar aquí y que le encargué que me trajera?

FAB. No la he encontrado por ninguna parte.

LUIS. ¡Cómo! si la dejé abierta encima de mi pupitre...

FAB. Pues señor, por más que he revuelto todos los papeles...

LUIS. ¡Diantre!... ¿Dónde la puedo haber metido?... Voy á buscarla.

FAB. ¿Podré entre tanto echar un vistazo á estos dibujos, señor don Luis? (Cogiéndole el álbum de las manos.)

LUIS. Sí por cierto. (Váse por la izquierda.)

ESCENA II.

FABIAN, solo. Á poco D. RICARDO, LUISA.

FAB. ¡Guapo mozo! ¡él y la señorita no tienen precio!... lástima que no se puedan sufrir ninguno de los dos. Cuando el uno toma la derecha el otro tuerce á la izquierda... Si el uno dice blanco, el otro negro... ¡Es negocio imposible!... ¡Eh! aquí vienen los otros... (Viendo venir á D. Ricardo con Luisa por la segunda caja de la derecha. Fabian váse por la primera del mismo lado.) Siempre juntitos.

RIC. ¡Eso es ya rayar en la barbarie! ¡En la barbarie, sí, señora!

LUISA. ¿Pero qué especie de hombre es usted, don Ricardo? (Riendo.) Por vida mia que no lo entiendo.

RIC. ¿Qué especie de hombre? un amable galanteador.

LUISA. En lo de galante convengo: en cuanto á lo amable, si quiere usted decir digno de ser amado, esa ya es otra cuestion.

RIC. Pero es una crueldad, una abominacion, Luisita. Me voy á enfadar sériamente.

LUISA. Vamos á ver, caballero, ¿por qué me hace usted la córte?

RIC. Porque la amo á usted.

LUISA. ¿Y por esa razon se va usted á casar con Margarita?

RIC. ¡Con Margarita? ¿de dónde saca usted que yo me voy á casar con ella?

LUISA. ¡Cómo! ¡Si cada ocho dias pide usted su mano!

RIC. ¡Toma! eso es por disimulo... por motivar mis visitas.

LUISA. Sí, sí, véngase usted ahora con esas.

RIC. Hija mia, veo con sentimiento que usted no conoce el corazon de los hombres.

LUISA. Al contrario, tengo mucho miedo de conocer demasiado bien el tal corazon.

RIC. Usted no conoce el mio en ese caso. Vamos, sí por

cierto, no lo niego... la razon me aconseja tal vez que me case con Margarita, pero el corazon no está del mismo parecer... y cuando la razon está en desacuerdo con el corazon, este tiene muchas probabilidades de triunfar, sobre todo en hombres como yo, que he sido siempre juguete de mis pasiones, que soy hombre de inspiracion. Porque á mí no me conocen. Yo soy en el fondo de una candidez increible en mi edad. Tengo aún todo el ardor irreflexivo, toda la vehemencia de los veinte años. En fin, soy capaz todavía, aquí donde usted me ve, de robar á una doncella por el balcon de su cuarto y de escaparme con ella hasta las sábanas de América, ¡hasta las pampas!

LUISA. Pues vea usted, yo no creo eso.

RIC. ¿No lo cree usted?

LUISA. Ni poco ni mucho.

RIC. Pero, con mil santos, ¿qué habría que hacer para convencer á usted?

LUISA. Hacerlo. (D. Ricardo se queda algo desconcertado y ella suelta á reir.) Quede usted con Dios, don Ricardo; voy á hacer mi provision de flores para esta noche. Servidora de usted. (Váse por la derecha.)

RIC. ¡El diablo es la tal mujer; me va picando el amor propio. Voy á escurrirme bonitamente por este lado y á darle caza en el jardin.) (Váse por el foro.)

ESCENA III.

FABIAN, que habrá vuelto á salir ántes de marcharse Ricardo: á poco D. LUIS.

FAB. Yo no sé lo que se habrán dicho... pero no me fío de la tal aya .. nunca me he fiado... ¡Ah! ¿qué hay, señorito? ¿y la carta? (Sale D. Luis por la izquierda.)

LUIS. No la he hallado, y no sé cómo explicarme... Por fortuna era insignificante... era una carta á don Ignacio... No hay nada perdido.

FAB. Con todo, si yo la encuentro ahora, cuando limpie, vendré á traérsela á usted.

LUIS. Bien, gracias. (Se pone de nuevo á dibujar. Fabian váse por la izquierda.)

ESCENA IV.

D. LUIS, LUISA, que vuelve por la derecha con flores.

LUISA. ¡Ah! ¡usted por aquí, señor mio! ¡qué milagro!

LUIS. ¡Luisa! (Saludando.)

LUISA. ¿Está usted dibujando? Yo vengo de coger unas flores para el peinado de esta noche. ¿Ya sabe usted que vamos á un baile á casa de los de Herrasti?

LUIS. Lo ignoraba.

LUISA. Verdad es que usted no sabe nada de lo que pasa. (Coloca las flores sobre el banco de la derecha y se queda con algunas, á las cuales se entretiene en quitar las hojas marchitas mientras habla.)

LUIS. Como estoy casi siempre fuera por razon de mi cargo...

LUISA. ¡Oh! diga usted, ¡como soy tan huron!

LUIS. Yo no soy huron; pero no quiero salirme de mi puesto... para que nadie tenga que recordarme cuál es.

LUISA. ¡Señor de Velasco! (Sorprendida de su frialdad.)

LUIS. ¿Luisa?

LUISA. ¿Qué es lo que yo he dicho ú hecho para que haya podido disgustar á usted?

LUIS. ¿Á mí? Luisa, nada: ¿por qué?

LUISA. Porque ántes me manifestaba algun aprecio...

LUIS. Y ahora lo mismo, Luisa; (Mas expansivo.) y ese sentimiento de mi parte es muy natural... nuestra situacion ¿no es la misma ó poco ménos? Desheredados ambos de los bienes de este mundo... solos... sin apoyo, sin amigos: para una mujer, bien lo sé, semejante estado tiene aún más inconvenientes y peligros que para mí. Por lo mismo cuente usted siempre con mi afecto más sincero... y lo que únicamente siento es no poder demos-

trársele á usted sino dándole algunos consejos... que tal vez serán mal recibidos.

LUISA. Le aseguro á usted que no... hable usted, se lo ruego.

LUIS. Es que lo que tengo que decir á usted es... fuertecito. (Con bondad.)

LUISA. No importa, dígamelo usted.

LUIS. Pues bien, Luisa, usted es preciosa; pero tiene usted un defecto.

LUISA. ¿Uno no más? Me deja usted admirada.

LUIS. Uno sólo.

LUISA. Dígamele usted.

LUIS. ¿Lo digo?

LUISA. Se lo ruego.

LUIS. Pues bien, es usted un poquito...

LUISA. ¿Qué?... (Con mucha gracia.)

LUIS. Coqueta: ¿no es así?

LUISA. No lo he echado nunca de ver.

LUIS. Pues pare usted la atencion... y verá. (Luisa algo cortada baja la cabeza con gracia y bondad.) Es lástima, Luisa; esa es una falta... bien ligera... bien inocente... pero ¿qué quiere usted? nosotros, pobres, estamos condenados los dos á ser perfectos... lo que en los demas sería inocente, en nosotros es reprensible... En este mundo todos los desgraciados son sospechosos.

LUISA. (Alzando la cabeza despues de una pausa.) Señor don Luis, es usted bueno, es usted un verdadero amigo.

LUIS. Procuro serlo al ménos.

LUISA. ¿Pero amigo, cómo?

LUIS. Amigo verdadero: usted lo ha dicho.

LUISA. (Arrancando los pétalos de una flor de azahar.) ¿Formalmente? ¿un amigo que me quiere... vamos á ver... á la francesa... un poco?

LUIS. ¿Quién lo duda? (Adivinando.)

LUISA. ¿Mucho? (Con mucha coquetería.)

LUIS. No. (Sorprendido del tono de Luisa y levantando la cabeza. Luisa arroja con despecho la flor de azahar. Doña Trinidad aparece por la izquierda.)

ESCENA V.

DICHOS, DOÑA TRINIDAD.

TRIN. ¡Ah! señorita Luisa, Margarita la buscaba á usted... está esperando las flores para la corona.

LUISA. Bien, señora, allá voy... Quedamos amigos, ¿no es verdad? (Á D. Luis dándole la mano.)

LUIS. Por mi parte, Luisa, no lo dude usted nunca. (Tomándola. Luisa váse por la derecha.)

ESCENA VI.

LUIS, DOÑA TRINIDAD.

TRIN. Está usted haciendo un dibujo precioso, señor de Velasco. (Mirando por encima del hombro de D. Luis.)

LUIS. ¿Le gusta á usted?

TRIN. Sí; me recuerda mi retrato (Luis la mira asombrado.) que me hice hacer cuando era rica... me costó un sentido... seis mil reales; pero me le hizo un pintor muy nombrado; no me acuerdo bien si se llamaba Madrazo ó Manzano.

LUIS. Manzano debía ser. (Con mucha gravedad.)

TRIN. No me acuerdo bien; pero hablando de otra cosa, señor Velasco, sabe usted que, hablando de mi primo, ha dado un gran bajon de pocos dias á esta parte... esta mañana le he visto... tenía la lengua muy trabada.

LUIS. Sí, señora, me temo que no se pase mucho tiempo...

TRIN. ¡Ah! Don Luis de mi alma, qué desgracia para mí si llego á verme abandonada á la caridad de los amigos!... á menos que don Pedro no me haya tenido presente... y por cierto que bien lo merezco, siquiera por los malos ratos que me ha dado... Usted no sabe, por casualidad, si ha hecho algunas disposiciones?

LUIS. No sé nada, señora.

TRIN. Sin embargo, él le aprecia á usted mucho y le dispensa

toda su confianza, estoy cierta de que no hará nada sin consultar ántes con usted.

LUIS. He tenido en efecto la fortuna de que mis servicios le hayan sido agradables.

TRIN. Yo... con bien poca cosa me contentaba. . con que me dejase no más para vivir independiente. Conque vamos, dígame usted. (En tono de confianza.)

LUIS. ¿El qué, señora?

TRIN. No da usted con una ingrata, sépalo usted, yo le dejaría á usted contento de mí.

LUIS. Doña Trinidad, temo comprender lo que usted quiere decirme; si usted viene á ofrecerme dinero Muy tranquilamente.) para que le ayude á perjudicar, aunque sea en pequeña parte, á sus bienhechoras y las mias, se dirige usted mal Clarito.

TRIN. (Despues de un movimiento marcado de despecho.) Pero, señor de Velasco. no es eso lo que yo pretendo. Quisiera únicamente rogar á usted que no me hiciera daño...

LUIS. Yo no hago daño á nadie voluntariamente, señora.

TRIN. Pues bien, eso es todo lo que yo deseo... lo ve usted?... el caso es entenderse... ¿conque no estamos reñidos?

LUIS. No lo hemos estado nunca, que yo sepa.

TRIN. Quedamos buenos amigos, ¿verdad?

ESCENA VII.

DICHOS, D. RICARDO.

RIC. (Llegando por la derecha) Doña Trinidad, el señor Novoa llama á usted... traigo el encargo de decírselo.

TRIN. Bien, bien, voy corriendo.

RIC. ¡Excelente doña Trinidad! (Estrechándola ambas manos al tiempo de pasar ella.) ¡Siempre tan complaciente! ¡tan dispuesta á prestar un servicio! ¡Ah! ¡cuando las mujeres son buenas son inmejorables! ¡Pero por eso se las quiere; ya sabe usted que se la quiere, ¡doña Trinidad! ¡Conque hasta despues, mi buena señora!

TRIN. ¡Hasta despues! (Váse por la izquierda.)

ESCENA VIII.

LUIS, RICARDO.

RIC. ¡Ah! ¡Caramba! ¡qué bonito es eso que está usted haciendo!

LUIS. Es usted muy indulgente.

RIC. No, maneja usted el lapiz con un primor... de veras... Conque vamos á esto; parece que el pobre señor está muy mal hoy?

LUIS. Si... la parálisis va en aumento.

RIC. ¡Oh! ¡eso no! ¡Ay qué bien está ese árbol!... Pues oiga usted, ¿me parece que sería tiempo de que pensase en sus asuntos?

LUIS. Supongo que habrá ya pensado.

RIC. ¿Cree usted?...

LUIS. Supongo.

RIC. Oiga usted, espero que no habrá hecho ningun legado en favor de esa horrenda arpía que acaba de salir de aquí.

LUIS. No sé.

RIC. ¡Sería atroz! Ya conoce usted á la niña... y sabe hasta qué punto es indigna de la menor simpatía. (Coge una silla y se sienta al lado de D. Luis.)

LUIS. Lo que es á mí me inspira pocas.

RIC. ¡Bravo! entónces si le consultan á usted...

LUIS. ¡Oh! no harán tal.

RIC. Sí, sí, que lo harán... ¡se le tiene á usted metido en el corazon!... le consultarán á usted, y con ese motivo puede usted ser muy útil á Margarita.

LUIS. ¿De qué modo? (Con interés.)

RIC. Mire usted, señor Velasco, voy á franquearme completamente con usted respecto de ese particular. Usted no ignora mi posicion en la casa... mi casamiento con Margarita está casi decidido; por consiguiente, en mí es un

deber velar por los intereses de esa jóven y recomendárselos á usted... Pues bien, sería de desear en primer lugar, que la dichosa Doña Trinidad fuese desahuciada. . en seguida, ignoro qué viudedad piensa el señor Novoa dejar á Doña Elena, mi futura suegra... Usted la conoce tambien como yo: es una excelente señora, á quien quiero y respeto; pero de gustos sencillos; viviria con nada; dejarla una viudedad crecida sería cargarla de cuidados.

LUIS. ¡Señor mio, no sé dónde piensa usted venir á parar! pero le declaro buenamente, que toda intervencion de mi parte en las disposiciones testamentarias del señor de Novoa, me parecería un abuso de la confianza que en esta casa me dispensan.

RIC. (*Indeciso.*) ¡Ah! es ese el modo que usted tiene de corresponder á la mia?

LUIS. Caballero, yo no se la he exigido á usted.

RIC. ¡Pues señor, bravo, venga esa mano! ¡ese es un rasgo de honradez! Usted no me ha entendido bien; pero ese es un rasgo de honradez; no me ha entendido usted absolutamente. Ea, le dejo á usted trabajar. (*Levantándose.*) Pero cuente usted con lo que he dicho... le estimo mucho más que ántes... y disponga usted de mi amistad.

LUIS. ¡Caballero!

RIC. ¡Hasta ahora! ¡no se moleste usted! ¡no se moleste usted!

ESCENA IX.

LUIS, *á poco* MARGARITA.

LUIS. ¡Me he hecho tres amigos!.. Con unos poquitos más por este estilo... Me plantan en la calle. (*Margarita llega lentamente por la izquierda con unas flores en la mano; él se levanta y saluda.*) ¡Señorita!

MARG. (*Con ligera ironía.*) ¡Ah! está usted dibujando el dolman, señor de Velasco. . Verdad es que este sitio debe hacer las delicias de usted! Aquí se encuentra á placer para

evocar poéticos recuerdos. Los Druidas con sus blancas túnicas... Velada... Estoy segura de que en cada rayo de sol cree usted estar viendo relucir una hoz de oro. (Se sienta Luis.)

LUIS. Si, señora.

MARG Yo creía que se había usted muerto. (Sentándose á la izquierda.)

LUIS. No, todavía no.

MARG. Se va usted haciendo cada dia más raro.

LUIS. He estado fuera toda la semana última.

MARG. ¡Oh! ¡y que usted tiene una pasion que le absorbe!... Todo se sabe... Pasa usted casi todas las tardes en casa de nuestra noble vecina, la señora de Azagra Pimentel.

LUIS. Verdad, es señorita. Y me defiendo de ello tanto ménos, cuanto que la señora de Azagra va á entrar en la octogésima séptima primavera, y por lo tanto no creo... Por lo demas es muy cierto que la quiero de veras... sus antepasados han sido los señores de este país... ella es la sola que ha quedado de su raza, pobre y anciana, y lleva tan dignamente la majestad de su nombre, de la edad y de la desgracia, que la he cobrado un cariño filial... Ademas de eso, usted misma ha sido y su señora madre las que me la han recomendado.

MARG. ¡Oh! nadie le acrimina á usted por ello... lejos de eso, mi madre le está á usted sumamente agradecida, por las atenciones que tiene con esa digna señora. (Se levanta.)

LUIS. ¿Y la hija de su señora madre de usted? (Sonriéndose.)

MARG. ¡Oh! yo no me exalto con tanta facilidad; si usted tiene la pretension de que yo le admire, es preciso que se tome la molestia de aguardar algo más. Sé harto que las acciones humanas tienen generalmente dos faces, y que la más brillante no es siempre la más auténtica. Así sucede, que como la señora de Azagra posee todavía un pequeño caudal, y no tiene herederos, no sabemos...

LUIS. (Levantándose bruscamente.) Permítame usted, señora, que la compadezca sinceramente.

MARG. ¿Compadecerme, caballero?

LUIS. ¡Si, señora! dispense usted que la manifieste la lástima respetuosa que me inspira.

MARG. ¡La lástima! (Con cólera reprimida.)

LUIS. Sí, ciertamente, porque si la duda y el desencanto de la vida son los frutos más amargos de la experiencia, nada es más digno de lástima, que un corazon marchito por la desconfianza, ántes de haber vivido.

MARG. (Con violencia.) ¡Caballero, usted no sabe de lo que habla! ¡y olvida con quién habla!

LUIS. ¡Verdad es, señorita! ¡hablo un poco sin saber, y olvido un tanto á quien hablo: pero usted me ha dado el ejemplo.

MARG. ¿Necesitaremos tal vez pedir á usted perdon por ello? (Con aspereza.)

LUIS. Seguramente, señorita; si alguno de los dos había de pedir perdon al otro, sería usted... (Con firmeza.) Usted es rica y yo pobre... usted puede humillarse... ¡yo no!

MARG. ¡Ah! (Atraviesa la escena como para marcharse, en seguida vuelve y añade con un ademan de altanera humildad. ¡Pues bueno! Perdone usted. (Váse por la derecha.)

ESCENA X.

LUIS, solo.

¡Ella tambien! ¡Oh! ¡mal le está! (Con ira y sentimiento.) Hasta aquí había advertido alejamiento, antipatía, pero ahora es ya odio, encono. ¿Qué mujer es esta? ¿que le he hecho yo? ¿qué le ha hecho el mundo entero? ¡Oh! no lo sé, pero lo que veo claramente es que quiere echarme de aquí. ¡Pues bien!...

ESCENA XI.

DICHO, LUISA, D. RICARDO, DOÑA TRINIDAD.

LUISA. (Dentro.) ¡Fabian! tenga usted preparadas unas sillas: la

señora va á venir á sentarse aquí un momento. (Sale por la izquierda.) Señor Velasco, participo á usted que su amigo D. Ignacio acaba de llegar.

LUIS. ¡D. Ignacio! ¡Ah! muchas gracias! Luisa.

LUISA. ¿Se concluyó el dibujo? Veamos. ¡Está perfecto!

TRIN. ¡Precioso!

RIC. ¡Lleno de poesía!

LUISA. ¿Me sacará usted una copia, sí?

LUIS. Desde luégo.—Con permiso. (Váse por la izquierda.)

ESCENA XII.

D. RICARDO, DOÑA TRINIDAD, LUISA.

RIC. ¡Guapo muchacho!

TRIN. ¡Guapísimo!

LUISA. ¡Oh! ¡muy guapo!

RIC. Lleno de habilidades... de talento... y á pesar de eso de una modestia...

LUISA. ¡Y de una reserva!...

TRIN. ¡Y de una amabilidad!...

RIC. ¡Todo lo reune!

LAS DOS. ¡Todo!

RIC. ¡Absolutamente todo! .. ¡qué lástima que su vida esté envuelta en cierto misterio!...

LUISA. ¡Oh! en cuanto á misterio... le hay.

RIC. ¿Verdad que sí?... porque, en fin, no hay que dejarse guiar de las aparencias tampoco... Todos los dias estamos viendo en el mundo personas revestidas de las mejores apariencias, y que en el fondo no son sino...

LUISA. ¡Aventureros!...

TRIN. ¡Si por cierto! ¡Caballeros de industria!

RIC. ¡Digo! vamos á ver... francamente, aquí para entre nosotros, ¿no les hace á ustedes el efecto de un solemne intrigante ese guapo mozo?

LUISA. ¡Lo que es yo, mis miedos tengo!

TRIN. ¡Y yo tengo la certeza! (En tono de gran confianza.)

RIC. ¡Tiene usted la certeza! ¡Dice que tiene certeza!... Pues si tiene usted esa certeza, mi señora Trinidad, ¿sabe usted que nosotros, como antiguos amigos de la familia, tenemos entónces un sagrado deber que cumplir... el de abrir los ojos á esas señoras sobre la verdadera condicion de ese individuo... de ese quidan?... Pero vamos á esto, doña Trinidad, ¿está usted segura de lo que dice?

TRIN. ¡Tengo pruebas!

RIC. Tiene usted pruebas. (Á Luisa.) ¡Parece que tiene pruebas!... ¡Oh! ¡pues si tiene pruebas!... Pero, en fin, ¿qué pruebas, doña Trinidad?

TRIN. ¡Che!... nada ménos que un fragmento de carta que la casualidad... el aire sin duda, dejó caer á mis piés esta mañana al tiempo que yo pasaba por debajo de las ventanas del señor Velasco.

RIC. ¡Ah! ¡vea usted qué suerte la de esta doña Trinidad! ¡siempre se está encontrando algo! Conque... ¿y esa carta?...

TRIN. Sí, señor... Esa carta, dirigida segun creo á don Ignacio, es de tal naturaleza que ha de edificar á esas señoras... y en particular á Margarita, sobre los proyectos y desinterés de ese jóven puritano.

RIC. ¡Bah! ¿pues por ventura el señor mayordomo?...

TRIN. Ni más ni ménos. (Riendo.)

RIC. ¡Hola! ¡Pues es flojo!

LUISA. Ya me lo figuraba yo.

TRIN. Tengo la carta en mi cuarto... pero confieso que no sé si debo... El tal caballero ha tomado tal imperio en la casa, que vacilo yo, en mi posicion, ponerme en lucha abierta con él... Ademas mis amadas primas tienen un modo de ver las cosas tan particular...

LUISA. ¡Chist!... Margarita. (Mirando á la izquierda. Doña Trinidad sube un poco al fondo.)

RIC. Haga usted por ver esa carta, Luisita... no demos un golpe en vago; usted conoce á nuestra amiga. Tiene tanto talento como un alcornoque... (Señalando á Doña

Trinidad.) exactamente, y (Doña Trinidad se acerca.) ¿no es verdad, Doña Trinidad?

TRIN. ¿Qué?

RIC. Enseñe usted ese papelito á Luisa... ella conoce á esas señoras y verá si... (Margarita sale por la izquierda muy preocupada.)

LUISA. Bien está; pero déjenme ustedes sola con ella para preparar el terreno. ¡Pobre muchacha! ¡Es preciso evitar que caiga en el lazo!

RIC. ¿Viene usted, Doña Trinidad? (Le da el brazo.) Parece increible; usted siempre se está encontrando cosas... tiene usted ojos de lince!... (Vánse.)

ESCENA XIII.

LUISA, MARGARITA.

MARG. Acabo de presenciar una escena patética.

LUISA. ¿Cómo?

MARG. Sí. Don Ignacio y Velasco se han abrazado con una efusion...

LUISA. ¡Ah!

MARG. Y en este momento los dejo hablando con un calor... ¿No tendría usted curiosidad de saber lo que dicen esos dos misteriosos personajes?

LUISA. No, porque me lo figuro. (Margarita se sienta.)

MARG. ¡Ah! (Mirándola.)

LUISA. Señorita, usted va tal vez á reñirme por no haber hablado de esto ántes... pero mal ó bien, yo me había propuesto hasta ahora guardar al señor Velasco su secreto.

MARG. ¿Su secreto?

LUISA. Y sólo cuando le he visto manifestar tan á las claras sus proyectos, me he decidido á romper un silencio que ya sería culpable... Sin embargo, señorita, hasta ahora sólo á usted creo deber decirlo...

MARG. Hable usted.

LUISA. Durante la temporada que pasamos en Madrid hace cuatro años, recordará usted que fuí varias veces á ver mis amigas al colegio donde me han educado.

MARG. Sí, ¿y qué?

LUISA. Que allí tuve ocasion de ver varias veces á don Luis de Velasco, cuyo padre se llamaba el marqués de Valleumbrío.

MARG. ¡Ah!

LUISA. Por aquel tiempo decían ya que su familia estaba medio arruinada: en el dia lo está por completo: el padre ha muerto, y el hijo, gracias á un antiguo amigo de la familia, se ha colocado en posicion de agenciarse una hermosa fortuna por medios que dejo á usted el trabajo de apreciar.

MARG. (Con dolor, despues de una pausa.) ¡Oh! Pero, Luisa, si yo la comprendo á usted bien, la conducta de ese jóven no parece por cierto justificar... yo apenas le veo... parece que nos huye.

LUISA. ¡Oh! su amigo don Ignacio, que conoce á usted perfectamente, le habrá aleccionado sobre la reserva estudiada, la prudencia respetuosa que debe observar...

MARG. (Levantándose.) Está bien, Luisa, está bien: se lo agradezco á usted. (Sale D. Ricardo dando el brazo á Doña Elena.)

ESCENA XIV.

MARGARITA, LUISA, D. RICARDO, DOÑA ELENA: á poco D. LUIS y D. IGNACIO, despues el DOCTOR GONZALEZ y DOÑA TRINIDAD.

RIC. Convenido, señora... es un prodigio... es el ave fénix... usted la ha encontrado.

ELENA. En fin, ¿qué quiere usted? á mí me tiene hechizada. (Sentándose á la izquierda.)

RIC. Pues cásese usted con él, amada vecina, cásese usted con él, y se acabó.

ELENA. ¡Oh! no tal. No llego hasta ahí, pierda usted cuidado, ve-

cino. (Salen D. Luis y D. Ignacio por la derecha.) ¿Qué hay, don Luis? ¿ha tenido usted más suerte que yo? ¿Ha decidido usted por fin á ese pícaro hombre á que se quede hasta mañana con nosotros?

LUIS. No, señora, por desgracia.

IGNAC. Me es imposible, mi señora doña Elena... He venido únicamente á saludar á ustedes al paso... porque tengo que estar esta noche en Vitoria y pasado mañana en Madrid.

ELENA. Pues entónces hágame usted el obsequio de no venir... prefiero no verle.

IGNAC. Señora... (El doctor Gonzalez viene por la derecha dando el brazo á Doña Trinidad)

DOCT. Vamos, Doña Trinidad, acabará usted de sacarme de tino con sus cosas.

TRIN. (Continuando su conversacion con él) Déjese usted de cuentos, Doctor... esas son bellas frases... (Se sienta á la derecha.) Y nada más. El honor, la gloria, todo eso es bueno para las novelas... Yo estoy por un buen coche.

DOCT. Cada cual con su gusto, señora. (En pie detrás de ella.)

TRIN. La verdad es, Doctor, que el dinero es ántes que todo. Yo he visto siempre que en el mundo se respeta á la gente en proporcion al dinero que tiene .. Así es que á mí nadie me hace caso en el dia... (Mirando con intencion á D. Luis.) ¡Oh! cuando no me desprecian. Pero me consuelo pensando que si volviera á ser lo que he sido, vería á mis piés, sí, á mis piés, á todos los que me desprecian.

DOCT. Excepto á mí, señora: puede usted estar cierta de que aunque tuviera cien millones de renta no me vería á sus piés; téngalo usted entendido.

LUIS. (Jovialmente.) Y yo ruego á usted que haga tambien una excepcion en mi favor. (Doña Trinidad se encoge de hombros.)

MARG. (Con acrimonía.) ¡Oh! ¡quién lo duda! Estaba segura de que el señor de Velasco no dejaría escapar esta ocasion de protestar contra la vulgaridad... la bajeza de nues-

tras ideas chavacanas. El dinero, ¡qué horror! ¿qué vale eso? Las nubes, el azul del cielo, las cosas ideales, eso es diferente. Fuera de eso no hay nada que sea digno de ocupar un instante los pensamientos de un poeta artista como el señor Velasco.

LUIS. (Con una firmeza respetuosa.) Señorita, ignoro absolutamente en virtud de qué privilegio me veo sin cesar honrado con las burlas de usted tocante á este punto. Yo no soy ni más ni ménos poeta que otro cualquiera. Solamente, convengo en ello, concibo otros placeres, otras admiraciones, otras ambiciones que aquellas de que el dinero pueden ser orígen ú objeto! Yo me tomo la libertad de pensar que sin ser visionario un hombre puede entusiasmarse alguna vez por algo... por un buen libro, por un hermoso cielo, por una accion heróica! Esa poesía, lo creo sinceramente, es no sólo permitida á todos sino que está prescripta... Deploro, señorita, haberme visto precisado á este... alegato tal vez intempestivo, pero esas cosas ideales, como usted las llama, son los únicos bienes de los que no tienen otros más positivos, y espero por lo tanto que se me perdone por haber defendido mi patrimonio. Vámonos, amigo mio. (Retírase algunos pasos, y tomando el brazo de D. Ignacio desaparece por la derecha.)

ESCENA XV.

DICHOS, ménos D. LUIS y D. IGNACIO.

RIC. ¡Eh! ¿qué tal? no dirá usted, señora, que su mayordomo no va tomando confianza.

TRIN. ¡Oh! ¡lo que es eso!

ELENA. ¡Ustedes tienen la culpa! ¡ustedes le provocan! ¡le exasperan! Y en fin, dice bien; yo soy exactamente de su misma opinion. (Fabian y la niña Cristina aparecen en el foro izquierda; viene vestida á estilo de Provincias.)

ESCENA XVI.

DICHOS, FABIAN, CRISTINA *en el foro.*

FAB. Acércate, muchacha.

ELENA. ¡Qué es eso! ¿qué hay, Fabian?

FAB. Señora, es esta chica, que quiere á toda fuerza hablar con los señores de la casa.

ELENA. ¿Qué busca? Acércate, niña.

RIC. Acércate, pastorcilla. . Es muy guapa la muchacha.

ELENA. ¿Quién eres, hija mia? ¿cómo te llamas?

CRIST. Cristina Olalde, señora... la hija del viejo Olalde, el ciego.

ELENA. ¡Ah! ¿y qué es lo que quieres?

CRIST. (*Mirando á su alrededor con ansiedad.*) Señora... yo venía... por el asunto de ayer tarde.

ELENA. ¿Y cuál es el asunto de ayer tarde?

CRIST. ¿No lo sabe la señora?

ELENA. No lo sé... habla... me interesa... yo tengo mucho gusto en saber las cosas del campo.

CRIST. Pues es que... en casa tenemos un perro... un perro muy viejo que se llama Leal... Leal el viejo.

ELENA. ¿Y bien, qué?... ¿qué tenemos con Leal el viejo?

CRIST. Es el que guía á mi pobre abuelo cuando va á pedir.

RIC. ¡Ah! ¡es muy patético!... ¡el lazarillo del pobre. (*Riendo.*)

CRIST. Pues es el caso que ayer á la tardecita estábamos sentados los tres, mi abuelo, Leal y yo al borde del agua, y los chicos del pueblo, que son muy malos... ¡Si usted supiera, señora, qué malos son los chicos del pueblo!

ELENA. Arrojaron al perro al agua los picaruelos, ¿no es esto?

CRIST. Sí, señora... justo, en lo más hondo, y como allí hay un molino, el pobre animal se iba, se iba yendo hácia las ruedas, cuando héte aquí que un señor que pasaba. (*Detiénese de repente viendo á D. Luis que sale con D. Ignacio.*)

ESCENA XVII.

DICHOS, D. LUIS, D. IGNACIO.

LUIS. ¡Cómo! ¡otra vez tú! ¡pesada... No te había prohibido?... Tú quieres por lo visto ponerme en ridículo?. .

RIC. ¡Cómo! ¡era usted! ¡Ah! ¡Bravo! (*Riendo*) de esta hecha la cruz de Beneficencia, señor Velasco!

LUIS. (*Riendo con enfado*) Bien, sí, ¿qué quiere usted? ¡era yo! ¡Yo soy el salvador del perro! Es absurdo... ¡Cómo ha de ser! ¡Pero esta chica lanzaba unos lamentos y unos ayes de pavo real! (*Risas de todos.*) Ves á lo que tú me expones, majadera!... ¡Ea, vete!... Como tú te llegues á caer al rio, te aseguro... Márchate corriendo.

ELENA. ¡No la eche usted! ¡pobre niña! ¿vamos á ver qué es lo que quieres, chiquita? ¿qué venías á buscar aquí?

CRIST. Es que este señor se marchó tan de prisa... que ni hemos podido agradecérselo... y...

RIC. ¡Sí! Ya estamos... ¡Ahí tienen ustedes lo que son estas gentes! Se les hace un favor y encima le piden á uno! ¡Vamos! ¡Toma! ¡ahí tienes un duro! (*Sacando una moneda.*)

CRIST. Yo no quiero nada de usted... sino del señor...

LUIS. Pero en fin, ¿qué es lo que quieres? (*Furioso.*)

CRIST. Que me deje usted darle un beso, señor.

TODOS. Bien.

LUIS. ¡Majadera, quita de ahí! ¿te quieres marchar?

ELENA. Vamos, déjela usted, déjela usted que le bese; se lo pido yo.

LUIS. Vamos. (*Presenta la mejilla á Cristina que le besa con júbilo.*) ¡Y besa con alma!

ELENA. Dame á mí otro, hija mia. (*Cristina la besa y va á marcharse.*)

RIC. ¿Y el duro? tómale. (*Viendo que se va.*)

CRIST. Gracias, señor. (*Tomándole.*)

RIC. Qué es eso, ¿no hay un beso para mí?

CRIST. ¡No por cierto! .. Para servir á ustedes, señores. (Hace una reverencia y se va seguida de Fabian.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, ménos FABIAN y CRISTINA. Todos se levantan.

ELENA. Tú te ocuparás de esas pobres gentes, ¿no es verdad Margarita?

MARG. Bien, madre mia.

ELENA. Y ademas, escucha (Llamándola aparte; D. Ignacio se queda observando y parece que las escucha.) Me tienes descontenta; tú acabarás por echar de casa á ese jóven, cuyo trato y servicios me agradan: ¿por qué estarle zahiriendo sin cesar? ¿un jóven que no puede contestar sin exponerse á perder el pan que come! Eso no es generoso.

MARG. ¡Madre! (Mira á D. Ignacio como si deseara hablarle, pero viendo á D. Luis cerca de él se retira como á disgusto.)

ELENA. Don Ricardo, deme usted el brazo. (Vánse todos por la izquierda ménos D. Luis y D. Ignacio.)

ESCENA XIX.

D. LUIS, D. IGNACIO.

IGNAC. (Don Luis no quiere decirme nada, pero esto va mal.) Vamos á ver don Luis, ¿qué es lo que pasa aquí?

LUIS. Amigo mio... ayer empecé á escribir á usted una carta... que su llegada me dispensa de concluir. Le decía á usted que mi posicion en esta casa no estaba exenta de amarguras... Usted ha podido apreciarlo por sí mismo. Le ruego que me saque de aquí lo más pronto que pueda.

IGNAC. ¡Ah! bueno, me ocuparé de ello.

LUIS. Se lo suplico á usted. Ea, quede usted con Dios, puesto que se marcha. Yo tambien tengo que ir á San Marcial á la corta de unos pinos.

IGNAC. ¡Ah! pues llevamos el mismo camino; yo tengo ahí mi carruaje, le acompañaré á usted.

LUIS. ¡Bravísimo! ¿pero y la vuelta?

IGNAC. Tienes usted razon.

LUIS. Lo siento, y tanto más, que segun me han dicho, á poca distancia de allí hay unas ruinas magníficas que hubiéramos visto juntos. Pero en fin, ¡cómo ha de ser! Ea, agur, amigo mio, y piense usted en mí. (Margarita vuelve por la izquierda observándolos.)

IGNAC. Adios, señor don Luis. (Luis saluda á Margarita y váse.)

ESCENA XX.

D. IGNACIO, MARGARITA.

MARG. Buscaba la ocasion de encontrar á usted solo.

IGNAC. ¿Qué hay, hija mia? (Mirando alrededor.) Despachemos, porque el carruaje me está esperando.

MARG. Don Ignacio, yo siempre he creido que usted era un hombre de bien.

IGNAC. Y yo lo mismo, señorita. (Mirándola admirado.)

MARG. Sin embargo, ¿qué significa esa intriga á que usted se ha prestado?

IGNAC. ¿Qué intriga?

MARG. Ese jóven, ese mayordomo que nos ha enviado usted... Luisa, mi aya, le ha visto ántes de ahora en Madrid... le conoce... ¿me dirá usted por qué razon no lleva su nombre?

IGNAC. El nombre que lleva es el suyo, señorita, es el apellido de su familia. Si no usa su título es por razon de conveniencia, de justo orgullo, que usted debe comprender. Y una vez que tanto le desagrada á usted, no tiene usted más que echarle á la cara su título y se verá usted al momento libre de él, yo se lo fío.

MARG. En fin... ¿qué es lo que ha venido á hacer aquí?

IGNAC. Á ganarse la vida, pues se ve reducido á ello. Vamos á ver, ¿á dónde está la intriga? Yo no la veo. Lo que veo es que la conducta de usted respecto de ese jóven no

tiene explicacion. Usted le hace pagar cara sus beneficios, hija mia. (Haciendo que se va.)

MARG. Señor don Ignaoio... le creo á usted... y le agradezco lo que me dice... ¡Es tan cruel pensar siempre en lo malo!... Gracias á usted me ha vuelto la alegría, soy dichosa; le quiero á usted mucho, señor don Ignacio.

IGNAC. ¡Válgame Dios!... (Alegremente.) ¡Para qué me dice usted eso, hija mia, cuando me tengo que marchar! Es una crueldad. (Mirando el reló.) Voy á echar á correr... no tengo tiempo más que para decir adios á su madre de usted.

MARG. Pues mire usted, ¿sabe usted lo que voy á hacer para agradecerle la noticia? Voy á montar á caballo y acompañarle un poco por el camino.

IGNAC. ¿De veras?

MARG. Me servirá de paseo.

IGNAC. No, déjelo usted; me van á tener envidia.

MARG. Se me ha puesto en la cabeza. Ademas que pensaba ir por ese lado. Le acompañaré á usted hasta San Marcial.

IGNAC. Hasta San Marcial. (Con intencion y ap.)

MARG. Sí... y despues daré la vuelta por las ruinas del castillo antiguo... atravesando el bosque... será un paseo delicioso.

IGNAC. (Preocupado.) Pues bien, hija mia, como usted guste... Estará de Dios.

MARG. Eso es, vamos. (Cogiéndolo del brazo.)

IGNAC. ¡Vamos! ¡Oh! ¡las ruinas! cuidado con ella, Margarita, ya sabe usted que en los castillos suele andar el diablo!... No tengamos luégo...

MARG. ¡Oh, no hay miedo! Yo le haré la cruz. (Vánse alegremente.)

FIN DEL CUADRO TERCERO.

CUADRO CUARTO.

Interior de un salon medio arruinado en la antigua torre de Urbieta. Arquitectura sombría y severa. Enfrente del público la larga ojiva de una ventana medio derruida y un lienzo de muralla hundido tambien. Por una ancha brecha revestida de yedra se ven las cimas de algunos árboles, que crecen en los fosos, y más lejos un torreon, tambien ruinoso, que se destaca sobre el cielo y sobre las montañas lejanas. La brecha no está al nivel del pavimento del salon, pero algunas piedras caidas como escalones junto á ella, facilitan la subida sobre la plataforma exterior practicable y que domina á un precipicio. Dos ó tres escalones á la izquierda, y al pie de ellos la puerta estrecha y maciza de la torre. Empieza á oscurecer.

ESCENA PRIMERA.

PERICO, despues LUIS.

Al alzarse el telon, Perico, de pie sobre la plataforma, mira hácia fuera y parece escuchar. Óyense algunas notas del tamboril y de la dulzaina, y en el campo á lo lejos cantan este zorcico:

CORO.

Tiñe el ámbito
del crepúsculo
melancólica,
tibia luz.

Nubes cárdenas,
nieblas húmedas
tienden rápidas
su capuz.
Valles fértiles,
verdes árboles,
fuentes límpidas,
adios ya.
Nos convida noche plácida
al descanso del hogar.

(En el momento en que acaba el coro entra D. Luis y se acerca á la plataforma.)

LUIS. ¿Qué haces ahí, muchacho?

PER. Escuchaba á los que cantan abajo, señor. (Algo asustado.)

LUIS. ¿Y quiénes son los que cantan?

PER. Los segadores, que vuelven al pueblo atravesando el bosque.

LUIS. ¿Y eres tú el guarda de estas ruinas?

PER. Si señor; soy pastor de aquel caserío que se ve allí enfrente: paso todo el dia en el bosque con mis cabras, y cuando vienen forasteros á ver la torre les abro la puerta. (Enseñando la llave.)

LUIS. Muy bien. Pues aunque á mí no has tenido que abrírmela, toma. (Dándole una moneda.)

PER. Muchas gracias.

LUIS. ¿Y no tienes miedo tú aquí solo?

PER. De dia, no señor; pero en llegando la noche... yo no soy valiente de noche...

LUIS. Qué, ¿hay brujas por aquí?... (Sonriendo.)

PER. ¡Brujas! Yo no creo en brujas: eso era bueno allá...

LUIS. Así me gusta.

PER. Pero anda un alma en pena... ¿Ve usted aquel torreon? pues por allí se pasea; y eso que no tiene escalera para subir ni bajar... Y mire usted, nunca se la ve de dia, de noche es cuando se la ve...

LUIS. Pues, cuando no se ve nada.

PER. (Mirando por la brecha.) Ya está haciendo la colorada de

las suyas... Cabra maldita... ¡Ohe! ¡Oh! (La tira una piedra.) Sí, trepa, trepa... Espera, espera. (Corriendo hácia la puerta.)

LUIS. ¿Y por qué no saltas por ahí? (Señalando á la brecha.)

PER. ¡Que salte el diablo! ¡Un derrumbadero que no tiene fondo! Pero diga usted, ¿va á estar aquí mucho tiempo? Va á caer la noche...

LUIS. Descuida, me voy dentro de dos minutos, en cuanto vea esto.

PER. Es que yo no soy valiente de noche. No es que tenga miedo, sino que no soy valiente... Voy por mi cabra. (Váse.)

ESCENA II.

D. LUIS.

(Mirando cuanto le rodea.) ¡Cuán bellas son estas ruinas!... ¡Cómo no se me habrá ocurrido entrar ántes aquí! Será preciso que vuelva otro dia... ¡Otro dia! (Tristemente.) ¡Me olvido de que no hay para mí ya porvenir aquí, de que mi mañana no está en este país! ¡Debo ya despedirme de estos sitios, donde tanto he pensado... donde he pensado demasiado en ella! ¡Miserable corazon!... Cuando la razon y el honor me prohiben amarla, por lo mismo quizá... ¡Ah! si no tuviera el sagrado deber de velar por otra existencia más sagrada que la mia, hubiera huido al más lejano confin de la tierra para evitar este suplicio de cada dia y de cada hora! (Entra Margarita.) ¡Ella... Dios mio!

ESCENA III.

MARGARITA, D. LUIS.

MARG. (Da algunos pasos pensativa, y al ver á D. Luis dice turbada:) ¡Don Luis!... ¡Usted aquí! Ignoraba absolutamente... Dejo á usted.

LUIS. (*Sonriendo.*) Por Dios, señorita, yo no puedo permitir... No estoy aquí en mi casa, y de consiguiente es á mí á quien toca retirarse... Suplico á usted que me dispense... (*Da algunos pasos hácia la puerta.*)

MARG. (*Interponiéndose.*) Don Luis... yo pensaba hablar á usted esta misma tarde... y puesto que le encuentro aquí no quiero diferirlo. Dígame usted, ¿es cierto que he cometido hácia usted las injusticias de que me acusan?

LUIS. Señorita, creo no haberme quejado.

MARG. Pero quiere usted marcharse.

LUIS. Señorita...

MARG. Y aseguran que soy yo la causa. La marcha de usted, don Luis, sería para mi madre una pérdida sensible, que yo deseo evitarla, si depende de mí. En fin, ¿qué explicacion desea usted? ¿Qué es preciso decirle? ¿Qué el lenguaje de que usted se ha ofendido no es siempre sincero? ¿Qué yo he nacido quizá para comprender tanto como el que más, otras alegrías y otros goces que esos de que disponen la sociedad y las riquezas? Pues bien, todo esto es posible. ¿Pero soy tan digna de censura por consagrarme con todo el valor y la fuerza de voluntad de que Dios me ha dotado, á ahogar en mí ideas, sentimientos que me están prohibidos?

LUIS. ¡Prohibidos!

MARG. ¡Prohibidos, sí! Ridículo parece sin duda, don Luis, que nos lamentemos de un destino que tanto nos envidian; pero es lo cierto que por un capricho quizá de mi imaginacion, que tal vez me ha sido trasmitido por mi pobre madre, y que tiene al ménos la excusa de la buena fé, conozco que si fuera ménos rica sería más dichosa. Usted me ha reprochado mi eterna desconfianza; pero ¿de quién podré yo fiarme? ¿De quién? Yo, que desde que he podido pensar me encuentro rodeada ¿acaso no lo veo? de falsos amigos, de ávidos parientes, de interesados aspirantes á mi mano... ¿piensa usted que yo no aprecio en lo que valen los cuidados, las ternezas con que todos esos parásitos nos fatigan, los homenajes

con que tantos miserables me importunan? Si alguna vez una alma noble y generosa, si acaso existe, fuera capaz de buscarme, de amarme por lo que soy, no por lo que valgo, yo no podría. . (Con intencion.) ¡no podría creerla! Nunca, jamás me arriesgaré á dar á un corazon vil, indigno, venal, un corazon como al mio. Hé aquí por qué me alejo, por qué rechazo, por qué quisiera poder aborrecer todo lo que me parece bello, todo lo que fija mis pensamientos, todo lo que me habla de un cielo que no es para mí. (Á las últimas palabras de Margarita se oye de nuevo á lo lejos el coro de los aldeanos. ¿Qué es eso?... (Se inclina más hácia el fondo, escucha, despues inclina la cabeza y llora.)

LUIS. Señorita, esa emocion... ¡Lágrimas!

MARG. (Con expansion.) ¡Y bien, sí! lloro porque tambien tengo alma para sentir. (Recobrándose.) Caballero, no había yo destinado á usted tanta confianza; pero en fin, usted me conoce ahora, y si alguna vez he podido herir su corazon, (Luis se inclina y toca con sus labios la mano que ella le tiende) espero que me perdone. (Margarita se recobra en seguida.) Salgamos... (Da un paso y se vuelve) ¡Y ni una palabra nunca sobre esto!

LUIS. Nunca.

MARG. (Equivocando turbada el camino.) ¿No se puede salir por esta brecha?

LUIS. ¡Oh! señorita, hay un abismo.

MARG. Quisiera verle ántes de salir... ¿No hay á la parte exterior una plataforma?

LUIS. Suplico á usted, señorita, que tenga cuidado... Es muy peligroso...

MARG. ¡Oh! yo no tengo miedo.

LUIS. Tome usted al ménos mi mano. (Margarita, apoyándose en la mano de D. Luis, sube á la plataforma. Va oscureciendo.)

MARG. ¡Oh! verdaderamente que es espantoso este precipicio; pero es digno de verse tambien... ¡Me estaría aquí durante una eternidad!

ESCENA IV.

PERICO, MARGARITA y D. LUIS, en la plataforma.

PER. (Desde la plataforma, mirando tímidamente al interior de la torre.) ¡Ah! ya se marchó aquel señor... bueno... yo tambien me voy, porque ya es de noche. (Sale, cerrando la puerta por fuera. La noche cierra enteramente, y los rayos de la luna atraviesan durante la escena siguiente la ojiva de la ventana, iluminando á lo lejos los arcos del torreon arruinado.)

ESCENA V.

LUIS, MARGARITA.

LUIS. (Bajando de la plataforma.) Es extraño... Había creido oir...

MARG. La noche ha cerrado enteramente. Por fortuna está clara, y á la luz de la luna podremos encontrar nuestros caballos. Volvamos al momento á casa... (Baja de la brecha por los escalones, sostenida por D. Luis. Música en la orquesta: al llegar á la puerta, Luis trata inútilmente de abrirla, Margarita exclama.) ¡Cómo! ¿está cerrada esa puerta?

LUIS. ¡No es posible! (Redoblando sus esfuerzos para abrirla.) Bueno, ya nos ha visto... ¡Ah! se santigua y corre más aprisa. ¡Me toma por el alma en pena de que me habló!... Su necia supersticion le impele á alejarse de aquí!

MARG. (Bajando y mirando alrededor.) Nada; no hay otra salida... ¿Y qué hacer? En mi casa estarían muertos de inquietud .. Y ademas... En fin... es imposible; busque usted un medio, caballero; es preciso que salgamos!

LUIS. ¡Dios mio! Señorita... por más que procuro.. esta puerta, fuerte como la de una prision, resiste á todos mis esfuerzos... ¡Oh! este contratiempo me desespera!

MARG. (Mientras Luis se dirige hácia la brecha.) ¡Oh! ¡qué idea!... (Con una cólera reconcentrada.) ¡Señor marqués de Valleumbrío!

LUIS. ¡Mi título!

MARG. (Lentamente.) Dígame usted; ¿ha habido muchos infames en su familia?

LUIS. ¡Margarita!

MARG. ¡Usted; usted ha pagado á ese muchacho para que nos encierre aquí!

LUIS. ¡Yo!... ¡Dios mio! y me acusa á mí de...

MARG. ¡Á usted, sí!... ¡Ah! ¡lo adivino todo!... ¡Comprendo su cálculo de usted! ¡Mañana quedaré yo difamada, perdida ante la opinion pública, y no podré pertenecer á otro más que á usted! ¡Pero este vergonzoso cálculo que corona todos sus afanes, yo le desharé! Sin duda que me conoce usted mal todavía, si juzga que no he de preferirlo todo, el deshonor, el claustro, la misma muerte, á la desesperacion y á la ignominia de unir mi vida á la suya!

LUIS. (Con dignidad y calma.) Señorita, suplico á usted que vuelva en sí, que dé oidos á la razon. Comprendo las inquietudes que agitan á usted en este momento; pero aseguro á usted que al hablar así me ofende injustamente. No he podido yo de ningun modo preparar esta perfidia... (Con expansion.) Y aun cuando hubiera podido, en fin, ¿qué antecedente mio le da á usted derecho de creerme capaz de semejante infamia?

MARG. Todo lo que yo sé de usted, me autoriza á pensar de este modo. ¿Qué es lo que usted ha venido á hacer á nuestra casa disfrazando su nombre, ocultando su clase, ocupando un puesto que no le corresponde? Éramos dichosos, y usted nos ha traido agitaciones y pesares que no conocíamos... Para alcanzar su objeto, para reparar la pérdida de su fortuna, usted ha usurpado nuestra confianza y ha jugado con nuestros más puros y sagrados sentimientos! Esto me hiere y me lastima profundamente, sí, y cuando ahora usted quiere ofrecerme, como prueba de su inocencia, su honor de caballero, que le ha permitido ya tantas cosas indignas, seguramente que tengo el derecho de no creer en él...

y no creo.

LUIS. (Dirigiéndose rápidamente á la brecha de la muralla y volviendo al momento.) Margarita, puesto que usted lo quiere, escuche usted bien. La amo á usted, es cierto; y nunca un amor más puro, más desinteresado, más santo se ha encerrado en el corazon de un hombre!... Pero ni este amor, ni otra mira ménos noble, me han traido á su casa de usted. Este amor ha nacido despues... no sé cómo, porque el amor no se explica... como ha nacido el de usted... el de usted, sí, porque usted tambien me ama, pobre Margarita, y sin embargo, me mata! ¡me desgarra el corazon!... ¡Como mi corazon la pertenece, puede usted hacer de él lo que quiera; pero mi honor es mio y debo guardarle! Y por este mismo honor en que usted no cree, la juro que si muero, usted me llorará, conociéndome demasiado tarde, y que si Dios salva mi vida, por mucho que adore á usted, y aun cuando la viera de rodillas delante de mí, nunca aceptaré una fortuna de su mano, nunca! Y ahora, ruegue usted á Dios por mí, porque sólo un milagro de su infinita providencia puede salvarme. (Corriendo hácia la plataforma.)

MARG. (Precipitándose en la misma direccion, extiende los brazos y le detiene.) ¡Dios mio! ¡No quiero! ¡no quiero!

LUIS. Tranquilícese usted, esas ramas, esos árboles me servirán de punto de apoyo; y ademas, ¿qué me importa la vida?

MARG. ¡Oh! ¡yo no quiero! olvide usted lo que le he dicho... ¡Por compasion! ¡Oh! ¡no quiero!

LUIS. (La rechaza y trepa sobre la plataforma. Se oye de nuevo el coro á lo lejos.) ¡Oh! ¡no! déjeme usted!

MARG. (Cayendo de rodillas sobre los escalones de la brecha.) ¡Desgraciado! ¡buscas la muerte!

LUIS. (Arrojándose desde la plataforma.) ¡Salvo mi honor!

MARG. (Exhalando un grito terrible.) ¡Ah! (Cae desmayada.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO Y CUADRO CUARTO.

ACTO TERCERO.

CUADRO QUINTO.

Un gabinete en la casa de campo de Novoa, puerta al foro y laterales, mesa, butacas, lámparas ó candelabros con velas encendidas.

ESCENA PRIMERA.

DON RICARDO, el DOCTOR GONZALEZ, DOÑA ELENA, DOÑA TRINIDAD, LUISA, FABIAN, próximo á la puerta del foro. Todos parecen inquietos y preocupados.

ELENA. ¿Conque dice usted que salió á caballo, Fabian?
FAB. Sí señora.
ELENA. ¿Sola?
FAB. Sola.
ELENA. ¿Á qué hora?
ELENA. Á eso de las cuatro y media.
RIC. ¿Margarita entónces no pensaba ir esta neche al baile de los de Herrasti?
ELENA. Sí, por eso no acabo de explicarme su tardanza. Aseguro á usted que estoy muerta de inquietud.
DOCT. Tranquilícese usted, doña Elena, ya sabe usted que

Margarita prolonga algunas veces sus paseos hasta muy tarde.

ELENA. Pero nunca hasta de noche. ¿Se puede saber hácia qué lado ha ido?

LUISA. Si el señor Velasco estuviese aquí... él podría tal vez decirnos...

ELENA. Tiene usted razon, Luisa... Fabian, diga usted al señor de Velasco que tenga la bondad de venir.

FAB. Señora, don Luis ha salido tambien á caballo despues de comer y aún no ha vuelto.

RIC. ¿Y sobre qué hora sería, Fabian? (Como si entrase en sospecha.)

FAB. Sería poco ántes de las cuatro.

RIC. ¡Ah! (Cambiando una mirada de inteligencia con Luisa y Doña Trinidad.)

ELENA. (¡Dios mio! ¡qué idea!) (Preocupada.)

(Una pausa en que todos parecen cortados: D. Luis aparece á este tiempo en el foro, muy pálido y salpicada de sangre la frente.)

ESCENA II.

DICHOS, D. LUIS.

LUIS. No es nada. (Sonriendo y hablando dentro.)

DOCT. ¡Amigo don Luis! ¡qué pálido viene usted! ¿qué trae usted en la frente? ¡Es sangre!

LUIS. ¡Oh! nada... mi caballo que se ha asustado de su sombra y me ha tirado en una zanja aquí cerca.

ELENA. ¡Dios mio! ¿Se ha hecho usted mucho daño?

LUIS. No señora; no ha pasado del susto, y de un ligero vahido.

ELENA. ¡Esta es tarde de desgracia!

LUIS. ¡Tarde de desgracia! ¿Pues qué ha habido?

ELENA. ¿Creerá usted que mi hija no ha vuelto á la hora que es?

LUIS. ¿La señorita Margarita? La he encontrado yo.

ELENA. ¿La ha encontrado usted?... dónde?... á qué hora?

LUIS. Á eso de las cinco... en el camino... ella iba y yo venía... nos hemos cruzado.

ELENA. ¿Y no le ha hablado á usted?... ¿No le ha dicho?...

LUIS. Me ha dicho que iba á ver las ruinas del castillo de Urbieta.

ELENA. Las ruinas de Urbieta. ¡Dios eterno!... Aquello está cercado de bosques... ¡pobre hija mia!... se habrá perdido... es preciso ir corriendo... quiero ir yo misma... Fabian, haga usted que enganchen inmediatamente... mi chal, mi sombrero, corriendo!

TRIN. Yo voy con usted, querida prima.

RIC. Y yo las acompañaré á ustedes, á caballo, si me lo permiten.

ELENA. Sí, sí... venga usted tambien, Doctor... vamos pronto, vamos. (Vánse todos ménos D. Luis.)

ESCENA III.

D. LUIS, á poco FABIAN trayendo una palancana.

LUIS. ¡Ah! ¡era tiempo!. (Déjase caer sobre una silla; sale Fabian.)

FAB. Aquí tiene usted el agua, señorito..; ¿cómo se siente usted?

LUIS. Mejor, gracias, Fabian. (Moja su pañuelo en la jofaina y se lava la frente.)

FAB. ¡Oh! ¡eso no será nada... una caida de caballo cuando no deja en el sitio... pero con todo, debe sentirse una sacudida!... Yo he tenido suerte hasta ahora... en cuarenta años que llevo montando á caballo no me he caido nunca... por eso no puedo hacerme una idea del efecto.

LUIS. ¿Ha soñado usted alguna vez que se caía de lo alto de una torre?

FAB. ¡Oh! sí señor, muchas veces.

LUIS. Pues ese es el efecto... sépalo usted.

FAB. ¡Ah! oiga usted, señorito, mientras usted (Con misterio.) recibía ese golpe ahí fuera, yo he recibido aquí dentro otro que tampoco me ha hecho ningun bien.

LUIS. ¿Cómo?

FAB. Quiero contárselo á usted para que me aconseje... porque, la verdad, hay cosas que no se pueden digerir... Hará una hora poco más ó ménos pasaba yo por cerca de la estufa, cuando héte aquí que siento crugir la arena del paseo, y despues como dos voces que cuchicheaban... Díjeme: ¿quién estará á estas horas cuchicheando en el jardin? Agazapéme detrás de la espesura, y ¿qué es lo que veo?

LUIS. ¿Qué es lo que ves?

FAB. Veo al aya con el señorito don Ricardo... que se hablaban al oido, y muy cerquita... tan cerquita que á lo último, oí, con perdon de usted...

LUIS. ¿Qué? (Fabian se besa su propia mano con ruido) ¡Ah!

FAB. ¡Como usted lo oye, señorito! ¿Qué tal, no es eso para encenderle á uno la sangre? ese caballerete, que quiere casarse con la señorita, y que entre tanto no se para en barras... Pero eso no puede quedar así, y voy á contárselo á la señora.

LUIS. Fabian, no... nunca se debe delatar... no diga usted nada. (¡Habrá loca!) ¿Está la señorita Luisa en casa?

FAB. Sí señor.

LUIS. Pues bien, llámela usted... dígala usted que deseo... (Luisa se presenta á este tiempo.) Déjenos usted, y silencio. (Á Fabian que se va.)

ESCENA IV.

LUISA, D. LUIS.

LUISA. La señora me ha encargado que vea si usted... ¿no necesita usted nada?

LUIS. Nada, Luisa, gracias. Pero tengo que hablar con usted.

LUISA. ¿Conmigo?

LUIS. Sí... usted me ha retirado su amistad, pero yo le he conservado la mia, y voy á probárselo.

LUISA. Hable usted.

LUIS. (Sencillamente.) Pues bien, hija mia, usted camina á su perdicion.

LUISA. ¡Don Luis!

LUIS. Hay una persona que ha visto á usted, que la ha oido hace una hora... en el jardin.

LUISA. ¡Cielos! ¡Ah! Señor de Velasco... le juro á usted...

LUIS. ¡Oh! estoy persuadido de que esa novela de parte de usted es inocente, pero de la otra, tal vez no lo es tanto.

LUISA. ¿Qué sabe usted? (Con enojo.) todos los hombres no son...

LUIS. ¡Ah! ¿sería usted mala, Luisa? (Friamente.) en ese caso no he dicho nada y... (Le saluda como para retirarse.)

LUISA. ¡Señor don Luis! ¡por Dios! ¡Ah! ¡perdóneme usted... y tenga compasion de mí! Figúrese usted cuál puede ser el pensamiento de una pobre criatura como yo, á quien han tenido la crueldad de dar un corazon, un alma, una inteligencia... y que no puede servirse de ellos más que para sufrir y para aborrecer... ¿Qué había yo hecho al cielo para merecer este destino? ¿Por qué yo, y no esa mujeres? Ciertamente que yo había nacido tan bien como ellas para ser buena, amante, caritativa. ¡Eh! que no digan; el hacer beneficios cuesta poco cuando uno es rico, y la bondad es cosa fácil para los que son felices! Si yo me hallase en su lugar, y ellas en el mio, no me querrían ni más ni ménos que yo las quiero... no se quiere bien á los que á uno le mandan.

LUIS. ¡Luisa! ¡qué dice usted!

LUISA. ¡Ah! sí, sí. Le repugno á usted, no es esto? ¿Le indigno? Va usted á aborrecerme ahora más que nunca... Usted, que con una palabra hubiera podido volverme el sosiego... la estimacion de mí misma... usted, á quien he debido por la vez primera, un pensamiento de felicidad... de porvenir... de orgullo! ¡Ah! desdichada de mí! (Llora.)

LUIS. ¡Luisa, por Dios!... Yo no olvidaré en mi vida el afecto que usted me demuestra, pero no me pertenezco.. tengo deberes que me encadenan... Y aun cuando qui-

siera, sépalo usted, no puedo pensar en casarme.

LUISA. ¡Ni aún con Margarita! (*Con amargura.*)

LUIS. No veo á qué viene aquí el nombre de Margarita.

LUISA. ¡Ah! Leo claramente el pensamiento de usted... y hace mucho tiempo, téngalo usted entendido... sé quién es usted... y la presa que codicia... Pero tengo medios de desenmascararle, de perderle y haré uso de ellos.

LUIS. Puede usted hacer lo que guste, y con tanta más confianza, cuanto que en el terreno de la difamacion y de la calumnia no la seguiré jamás. La empeño á usted de antemano mi palabra y me retiro. (*Váse por la derecha.*)

ESCENA V.

LUISA, *á poco* MARGARITA, D. RICARDO, DOÑA ELENA.

LUISA. Sí, aun cuando me pierda con él... le he de perder y he de herir ademas en medio del corazon á esa mujer insolente! ¡Ah! ¡seré feliz un momento al ménos!... (*Salen Doña Elena, Ricardo y Margarita.*)

ELENA. Ea, por fin la hemos hallado, gracias á Dios.

LUISA. ¡Ah! ¡querida señorita, (*Corriendo á ella.*) ya está usted aquí! ¡qué alegría! ¡estaba muerta de inquietud! ¿Y dónde estaba usted? ¿qué ha sucedido?

ELENA. Nos la hemos encontrado á una legua de aquí... Firúrese usted que el guarda de las ruinas la había dejado encerrada en la torre por inadvertencia... y si no acierta á pasar por allí un campesino se queda en ella toda la noche.

LUISA. ¡Dios mio! qué miedo ha debido usted pasar.

MARG. Sí, he tenido mucho miedo. (*Sombría y grave.*)

RIC. Señorita, vuelvo á repetirlo, sentiré toda mi vida no haber estado al lado de usted. En tales ocasiones es cuando se aprecia el corazon de un hombre. (*Bajando un poco la voz.*)

MARG. ¿Qué hubiera usted hecho?

RIC. ¿Qué hubiera hecho? (*Con entusiasmo.*) Yo... (*Con más ti-*

bieza.) no lo sé.

MARG. Pues bien, piénselo usted.

ELENA. (Que se ha quitado el chal y el sombrero.) Y ahora vamos á cenar... ¿no es esto? Trinidad nos está ya esperando en la mesa.

MARG. Yo no quiero cenar, madre mia... Este trastorno me ha quitado el apetito.

ELENA. ¡Pobre hija!... Ea, ¿viene usted, don Ricardo? (Cogiendo el brazo á D. Ricardo.) ¿Y usted, Luisa?

MARG. (Bajo á Luisa.) Tengo que decir á usted dos palabras.

LUISA. Bien, señorita. (Doña Elena y D. Ricardo se van por la derecha.)

ESCENA VI.

MARGARITA, LUISA.

MARG. ¿Está usted segura, Luisa, de que no se equivoca cuando dice que el señor Velasco es el marqués de Valleumbrio?

LUISA. Sin duda, señorita: ¿por qué?

MARG. Es que se engaña usted tan completamente sobre su carácter, que no sería extraño se hubiera usted equivocado en lo demas.

LUISA. No entiendo...

MARG. En todo caso, si es noble de cuna lo es tambien de corazon: yo salgo garante de ello.

LUISA. ¿Ha hecho usted ese descubrimiento recientemente?

MARG. Si, señora... ese jóven, poco me importa que se sepa, se hallaba á mi lado cuando he sido encerrada en las ruinas, y por salvar mi honra y la suya... porque yo le acusaba, ha arriesgado su vida... ¡se ha precipitado en un abismo!

LUISA. ¡Ah! ¡eso es heróico en efecto! El señor marqués sabe perfectamente el arte de utilizar sus talentos... ayer fué la natacion la que nos proporcionó aquella escena tan hábilmente preparada... esta tarde ha sido la gimnasia

Se ve que ha recibido una educacion brillante el tal jóven.

MARG. Lo que hay es que usted aborrece de muerte al tal jóven... (Entrando en sospecha.) y estimaré que me presente pruebas sólidas, formales, en pago de acusaciones harto apasionadas para no creerlas sospechosas

LUISA. ¡Ah! ¡soy yo la sospechosa! ¿Quiere usted pruebas? Pues bien, (Sacando un papel del pecho.) ahí tiene usted una que no rehusará, porque está escrita de su puño. .

MARG. ¿Qué?

LUISA. Escuche usted, escuche usted... ya es tiempo. (Leyendo.) «Querido don Ignacio: sigo al pie de la letra las instrucciones de usted; pero, lo confieso, me siento veinte veces al dia próximo á desfallecer ante tan pesada carga: para soportar lo presente necesito á cada paso poner ante mis ojos el porvenir que ha de remediar todas mis miserias, esa anhelada dote...»

MARG. (Apoderándose de la carta.) ¡Cielos!

LUISA. (Volviendo á cogerla y continuando.) «Esa anhelada dote que he jurado reconquistar. Serviré como el pastor de la Biblia cuarenta años si es preciso...» ¡Es lástima que se haya detenido aquí! Esta carta ha sido hallada y puesta en mis manos por doña Trinidad... Y bien, ¿qué dice usted ahora?

MARG. Llame usted á mi madre ahora mismo... ¡en el acto! No deténgase usted; ni una palabra, yo me encargo de todo. (Ábrese la puerta de la izquierda y salen D. Ricardo, Don Luis, Doña Elena y Doña Trinidad.)

ESCENA VII.

DICHAS, RICARDO, D. LUIS, DOÑA ELENA, DOÑA TRINIDAD.

ELENA. (Á D. Luis.) ¿Conque no se resiente usted nada?

LUIS. No, señora.

ELENA. (Á Margarita) Y tú, hija mia, ¿estás ya recobrada del susto?

MARG. (Con una alegría febril.) ¡Oh! perfectamente! y tanto, que me siento capaz de ir al baile y no parar en toda la noche... ¿Usted vendrá con nosotras, Ricardo?

RIC. ¡Oh! lo siento en el alma, señorita; pero mi traje, como usted ve...

MARG. ¡Oh! es preciso que usted venga... no hay fiesta completa sin usted... bien lo sabe... vamos, yo se lo pido.

RIC. Señorita, agradezco á usted infinito esa insistencia, pero verdaderamente...

MARG. Vamos, mire usted que lo tomaré á desaire... ¡Eh! no tiene usted más que irse ahora mismo á cambiar de traje y volverse corriendo... Yo me comprometo á esperarle hasta media noche si es necesario.

RIC. Usted me confunde, señorita; pero si he de decir á usted la verdad, no tengo carruaje dispuesto... y me es imposible cabalgar vestido de baile.

MARG. (Vivamente.) Pues bien, haremos que le lleven á usted y le vuelvan á traer en nuestra carretela; nada, nada; está dicho. (Volviéndose hácia D. Luis y lanzándole una mirada terrible.) Señor Velasco, vaya usted á decir que enganchen... ¡Corra usted! (Esta órden y el tono de Margarita producen en los concurrentes una sorpresa que se revela por un silencio empachoso.)

ELENA. ¡Margarita! (D. Luis, cortado al pronto, se levanta con gravedad, y acercándose á la mesa apoya el dedo sobre un timbre. Fabian se presenta en el foro.)

LUIS. Fabian, creo que la señora tiene que dar á usted una órden.

MARG. Ninguna, váyase usted.

RIC. (Mirando á D. Luis.) Pues me gusta el modo de...

MARG. (Como para contenerle.) ¡Ricardo!

RIC. (Con tono provocativo.) No digo nada, señorita, no digo nada; pero séame lícito que sienta... no tener derecho á intervenir en esto.

LUIS. (Dando un paso hácia él.) Ese sentimiento, señor mio,

puede usted excusárselo, porque si no he creido deber obedecer las órdenes de esta señorita, estoy enteramente á las de usted y las aguardo.

RIC. ¡Ah! puesto que es así...

ELENA. Señores, ¿qué es esto? (Interponiéndose.)

MARG. Ricardo, necesito hablar con usted al momento. Tenga usted la bondad de acompañarme á la sala. Venga usted, madre mia.

RIC. (Inclinándose.) Señorita... (Al tiempo de salir hace una seña con la mano á D. Luis.) Soy con usted, caballero. (Doña Elena, Margarita y Ricardo vánse por la izquierda, Luisa por la derecha; despues de haber lanzado una mirada á D. Luis.)

ESCENA VIII.

D. LUIS, FABIAN, que ha permanecido en el foro de la parte de afuera y ha presenciado la escena precedente.

LUIS. (Esta desdichada me ha cumplido su palabra. Pero ¿que ha podido decir? ¡Eh! qué me importa! ¡No se trata de eso ahora!) Fabian, mi buen Fabian, ¿está usted ahí? Escuche usted.

FAB. ¡Ah! señorito, qué desgracia! (Acercándose.)

LUIS. Sí por cierto, es una desgracia..., ¿pero qué quiere usted? Diga usted... El administrador de correos es un oficial retirado, segun creo, ha servido en el ejército?

FAB. Sí, señor. Por mas señas que fué herido cuando la guerra civil...

LUIS. Bien. (Colocándose á la mesa y escribiendo.) Eso es... Espere usted... voy á darle á usted para él cuatro letras, que me hará el favor de entregarle corriendo?

FAB. Sí, señor... ¡Pero qué desgracia, señorito! ¡Y el tal don Ricardo, que en todo el país no tiene quien le iguale en tirar las armas! ¡Bribonazo!

LUIS. Déjelo usted, déjelo usted, no me comerá.

FAB. ¡Ah! si el señorito me permitiera que yo contase á las señoritas lo que he visto esta tarde en el jardin!

LUIS. ¡Desdichado! ¿Quiere usted que me tomen por un miserable, por un cobarde?

FAB. Dice usted bien, señorito; no es la ocasion.

LUIS. Vamos, ande usted; ¡dése prisa!

FAB. ¡Pero qué desgracia! (Yéndose.) ¡Dios mio! (Váse por el fondo.)

ESCENA IX.

D. LUIS, solo un momento: á poco RICARDO.

LUIS. (Reflexionando.) ¡Mi pobre hermana!... sí, terrible es, pero el honor ántes que todo. Cuatro líneas no más á don Ignacio, á todo evento. (Ricardo sale por la izquierda. Luis se levanta.)

RIC. (Con gravedad.) Caballero, vengo á dar con usted un paso algo irregular y que no deja de costarme... pero obedezco órdenes que son para mí sagradas... Ademas, mis antecedentes ponen mi valor á cubierto de cualquier suposicion desfavorable... En suma, vengo comisionado por esas señoras para hacer á usted presente su pesar por lo que ha sucedido. Margarita, en un momento de distraccion, ha dado á usted poco há algunas instrucciones que no eran de su incumbencia. La susceptibilidad de usted se ha resentido justamente: todos lo reconocemos.

LUIS. Caballero, me basta con eso.

RIC. Deme usted la mano.

LUIS. Ahí está. (Dándosela.)

RIC. (Con menos tirantez.) Y ahora, señor de Velasco, esas señoras esperan que un descuido momentáneo no las privará de los buenos oficios de usted, cuya importancia y valor aprecian. Por lo que á mí hace, me doy la enhorabuena de haber adquirido hace un instante el derecho de unir mis instancias á las suyas. Mis deseos de formar parte de la familia han sido bien acogidos.

LUIS. ¡Ah!

RIC. Y yo le agradeceré á usted sobremanera que no nos niegue su apoyo en vísperas de un suceso que circunstancias de familia, la salud del señor Novoa, nos obligan á precipitar. (Fabian sale trayendo una gran cartera.)

LUIS. ¡Ah!

RIC. ¡Ah! gracias... (Toma la cartera y la coloca sobre la mesa; Fabian se retira al momento.) Aquí están precisamente los papeles del señor Novoa. Esas señoras, en testimonio de su ilimitada confianza, ruegan á usted que tenga la bondad, respetando naturalmente lo que debe ser respetado, de entresacar los apuntes y datos que se necesitan para extender los contratos, sin perjuicio de llenar más tarde las demas formalidades.

LUIS. Bien está, caballero; cuente usted conmigo.

RIC. (Con llaneza y jovialidad.) Sí que cuento, señor de Velasco... y permítame usted que confie en que hemos de ser amigos... ¿no es verdad? ¡Ya se ve, como no nos conocíamos! Yo, lo confieso, tenía contra usted cierta prevencion que á Dios gracias ha desaparecido. Usted por su parte me habrá juzgado tal vez algo temerariamente... pero ya me irá usted conociendo y verá que soy un buen muchacho... ¡Ah! no es decir que no tenga mis defectos, los he tenido y muy grandes, me ha gustado mucho el bello sexo... ¿Pero y qué? eso prueba que tengo buen corazon... Y en fin, ya estoy en el puerto... de lo cual, acá *inter nos* me doy la enhorabuena... porque empezaba á... declinar... pero de hoy en adelante no quiero pensar más que en mi mujer y en mis hijos... y puede usted estar seguro, mi carísimo don Luis, de que mi mujer será completamente dichosa.. es decir, todo lo que se puede ser con una cabeza como la suya... porque si se empeña en que he de ir á coger la luna y las estrellas con las manos, por darla gusto! ¡Lo que es eso, no! ¡eso es imposible!... Conque venga otra vez esa mano. (D. Luis se la da.) y corro á decir á esas señoras, que usted se nos queda á perpetuidad. (Al tiempo de salir.) (Hasta despues del contrato.)

(Váse por la izquierda.)

ESCENA X.

LUIS solo.

¡Y este es el hombre que juzga digno de ella! Sí, comprendo! Él al ménos la trae un caudal casi igual al suyo... es ménos sospechoso... ¡desventurada! Ignora que en este mundo los más miserables no son siempre los más pobres! ¡En fin!... ¡Ah! ¡y ademas es mujer! se cree ofendida y echa mano de la primera venganza que se le presenta. Quiere ver con qué cara soportaré los tormentos... Pues yo la juro que esta frente ha de verla impávida hasta el pie del altar. ¡Su altivez palidecerá ante la mia! (Con dolor profundo.) En cuanto al corazon, ella no le verá. (Se sienta.) ¡Vamos á ocuparnos de su contrato!... Veamos estos papeles... (Abre la cartera y recorre los diversos documentos que contiene.) Veamos. Nada de esto es nuevo para mí... Títulos de pertenencia... nada reservado... ¡Algunas recomendaciones... á mis hijos!!! (De repente y con estupor.) ¡Mi apellido! ¡que quiere decir esto! ¡el nombre de mi padre! (Apodérase vivamente de uno de los documentos y lee apresuradamente.) ¡El marqués don Santiago de Valleumbrío, mi abuelo!.. sí... en las Américas... en Méjico teníamos nosotros por aquella época inmensos bienes... y, me acuerdo, sí... un administrador llamado Novoa! Pero aquel pereció con su hijo en la fatal noche en que mi abuelo sostuvo el último combate... veamos... (Lee.) «Al ver venir los acontecimientos mi padre tuvo cuidado de vender las haciendas!» ¡Su padre!... Será tal vez este anciano... (Lee.) «Teníamos órden de reunirnos durante la noche con la escuadrilla que debia acompañar á España á l fragata del general marqués de Valleumbrío!!! En la travesía dimos con un crucero francés... mi padre murió defendiéndose... á mí me dieron á elegir entre ser

fusilado inmediatamente ó revelar el secreto de la ensenada donde se había refugiado la flotilla española. En premio de aquella traicion me concedian el valor de las haciendas vencidas, las sumas considerables de que era portador...» ¡Cielos! «Yo era muy jóven, casi niño... y cedí. Una hora despues, el general Velasco habia perecido á bordo de su fragata!» ¡Miserable! ¡Ah! y despues remordimientos, si... «Dios sabe que desde aquella época he lavado con sangre enemiga y con la mia propia la mancha echada en una hora de debilidad al pabellon de mi patria!!» Y para no sonrojarse delante de sus hijos se ha guardado el fruto de su crímen... ¡Providencia!... Pero entónces el que debe hablar como amo aquí, soy yo. (Se levanta en un rapto de cólera.) ¡Y hablaré! ¡sí, hablaré! Harto he sufrido! ¡Hartas afrentas he devorado!... ¡Eh! yo no soy santo! ¡En este corazon que han pisoteado hierve la sangre! ¡Ahora lo verán! Esa mujer despiadada va á saber á su vez lo que es la humillacion. Su soberbia va á sentir el peso del oprobio! Es una mujer, bien lo sé; pero ahora tiene un defensor... Pues bien, tanto mejor, que la defienda... (Ábrese la puerta de la izquierda y óyese la voz de Margarita, que dice:)

MARG. Voy, madre mia. ¡Cielos.... Velasco! (Margarita sale á la escena y la atraviesa lentamente mirando á D. Luis. La resolucion de éste se desvanece ante aquella mirada. Margarita vás por el foro derecha.)

ESCENA XI.

D. LUIS, solo.

¡Jamás! no, jamás, si depende de mí, el rubor de la vergüenza no empañará nunca esa noble frente. Este secreto, este secreto terrible no pertenece más que á mí... Ese anciano, mudo ya como si se hallara en el sepulcro, no puede ni aun revelarle... Pues bien... quede

destruido el tal secreto. (Quema el papel.) ¡Madre mia, si mis faltas para contigo no están bastante expiadas; acepta este sacrificio! Yo te le consagro... Vamos, está dicho; salgamos, salgamos de aquí. (Mientras coge la cartera, disponiéndose á marchar, Doña Trinidad abre la puerta del foro, ve el papel que arde en el suelo y se detiene admirada. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO Y CUADRO QUINTO.

ACTO CUARTO.

CUADRO SEXTO.

Un gran salon bajo que comunica con el jardin, cuyos árboles se ven á través de las ventanas del fondo. Óyese música dentro, que toca aires del país sin intermision hasta la escena octava. Puertas laterales. Á la derecha una mesa preparada para firmar el contrato, y sobre ella una lámpara. Á la izquierda un canapé y sillas, ordenadas como para una ceremonia: candelabros encendidos sobre las consolas.

ESCENA PRIMERA.

D. RICARDO, vestido de etiqueta: FABIAN.

RIC. (Entrando.) Está todo preparado, ¿no es verdad? La mesa aquí; ¡bien! Y las butacas para las señoras... ¡muy bien! ¿Ha llegado el notario?

FAB. Sí, señor; se pasea allí con don Luis.

RIC. ¡Bien! ¡Bravo!... ¡Ah! Fabian, dé usted de beber á toda esa gente honrada hasta que se pongan todos á medios pelos, y á los músicos, especialmente, hasta que cada uno empiece á tocar una cosa distinta. (Frotándose las manos.) Será un concierto... sin concierto. Por lo de-

mas, ya sabe usted lo que se ha dispuesto: á las nueve en punto se firma el contrato, y en el mismo instante los fuegos artificiales...

FAB. Pero señor, he reflexionado una cosa: si don Pedro pregunta y quiere informarse de lo que pasa...

RIC. Pues qué, ¿don Pedro oye? (Bajando la voz.)

FAB. Oye poco; pero si se mete mucho ruido...

RIC. ¡Ah! ¡diantre!... Pues entónces suprima usted los cohetes. ¡Ah! Fabian, cuando bajen las señoras deje usted entrar una comision que parece han nombrado los habitantes de la aldea para felicitarnos; pero que entren las mujeres solamente, ¿entiende usted? ¿Qué necesidad tenemos aquí de contemplar las salvajes figuras del sexo feo? Las mujeres únicamente, y las más jóvenes. En una fiesta es preciso que todo sea gracioso, Fabian.

FAB. ¡Señor!

RIC. Conque nada de cohetes; es cosa convenida.

FAB. Está bien, señor. (Al retirarse Fabian entra Luisa.)

ESCENA II.

LUISA, D. RICARDO.

RIC. ¡Ah! ¡Diantre! (Tararea procurando evadirse.)

LUISA. ¡Al fin, caballero, logro encontrar á usted solo!

RIC. ¡Ah! ¿es usted, Luisa? ¿Qué tal? Hé aquí una noche bastante... una noche que... ¿no es cierto?

LUISA. Que corona sus proyectos de usted y su perfidia, ¿no es verdad?

RIC. ¡Ah! ¡por favor, Luisita, no turbe usted mi tranquilidad; necesito estar sereno, muy sereno, serenísimo! Si usted pudiera leer en mi corazon!

LUISA. ¡Cómo! ¿todavía dura esa chanza? ¡Usted pretende hacerme creer aún, en estas circunstancias...

RIC. ¡Pero, Luisita, usted se muestra conmigo injusta, terriblemente injusta!... ¿Qué ha pasado? Usted lo sabe lo

mismo que yo... Ántes de haber yo sentido una inclinacion... que no olvidaré nunca... me había comprometido temerariamente por otro lado... Ahora me han puesto entre la espada y la pared, y...

LUISA. Sí, usted se sacrifica, lo comprendo.

ESCENA III.

DICHOS, LUIS, por el fondo.

LUIS. Don Ricardo, el notario desea una breve conferencia con usted.

RIC. (Apresuradamente.) Bien, gracias, voy al momento, voy... (Á Luisa.) Siempre cruel... (Váse.)

ESCENA IV.

D. LUIS, LUISA.

LUISA. ¡Ah, don Luis, cuánto debe usted maldecirme en este momento! (D. Luis hace un movimiento para retirarse y no responde.) ¡Y usted no ha dicho nada para acusarme cuando tan bien podía hacerlo!... ¡Ah! ¡me sería tan grata una palabra bondadosa de usted!

LUIS. (Haciendo un esfuerzo sobre sí mismo.) La compadezco á usted y la perdono.

LUISA. Gracias. (Doña Elena, Margarita y Doña Trinidad, con ricos vestidos y tocados, entran por el fondo. D. Luis las saluda y permanece á un lado. Fabian en el fondo.)

ESCENA V.

DICHOS, MARGARITA, DOÑA ELENA, DOÑA TRINIDAD, FABIAN.

ELENA. No veo al doctor Gonzalez. (Á Fabian.) ¿No ha venido?

FAB. Sí señora; pero ha entrado primero en el cuarto del amo.

ELENA. ¡Ah! muy bien. (*Se dirigen hácia los asientos que les tienen preparados.*)

LUISA. (*Á Margarita cuando pasa por su lado.*) Señorita, se le va á caer á usted esta flor. (*Margarita se detiene y Luisa, mientras le arregla el tocado, la dice con emocion.*) Señorita, nos habíamos engañado. Don Luis tiene una hermana, acabo de saberlo... y seguramente al dote de su hermana era al que se refería en aquella carta.

MARG. (*Lanzándola una mirada terrible.*) ¡Hubiera usted debido matarme ántes que engañarme... hubiera sido ménos duro para mí, más generoso de su parte!

LUISA. Yo tambien me engañé.

MARG. Usted le amaba. (*Con violencia reprimida.*) Sí... no lo niegue usted... es su única disculpa.

LUISA. Todavía sería tiempo...

MARG. ¡Tiempo todavía! ¡Y su palabra! y la mia!... ¡Ah! nosotros sabemos cumplir lo que ofrecemos... ¡Él... y yo! (*La deja y va á ocupar su sitio al lado de su madre.*)

ESCENA VI.

DICHOS, D. RICARDO, el NOTARIO.

RIC. (*Al Notario.*) Perfectamente, amigo mio; usted es un notario... notable. Entre usted... Ahí fuera se encuentra una comision... rústica, que desea ser admitida á felicitar á ustedes, es decir, á felicitarnos á nosotros...

ELENA. Pues que entre.

RIC. Fabian, que entren esos aldeanos... es decir, las aldeanas solamente, y las más jóvenes. En una fiesta todo debe ser agradable.

ESCENA VII.

DICHOS, *ménos* FABIAN, CRISTINA, *con algunas otras jóvenes en traje vascongado,* COSME, *aldeano viejo con aire asimplado, viene en medio de todas.*

RIC. (*Reparando en Cosme.*) ¡Calla! ¿No he dicho que las

mujeres solamente?... ¿Quién es ese majadero? .. ¿Qué es lo que tú vienes á hacer aquí? vamos á ver.

COSME. ¿Yo? estoy con estas doncellitas...

RIC. ¡Ya, ya lo veo! ¡Que estás con estas doncellitas!... Y eso es precisamente lo que me disgusta.... Pero tú no eres una doncellita, ¿no es verdad?

COSME. ¡Ah! ¡no señor!

RIC. ¡Ah! ¡no señor!... Pues vete de aquí... Cuidado que es estúpido este aldeano.

COSME. Es que yo soy el maestro de escuela del lugar: yo he compuesto el discurso y venía por si les faltaba la memoria.

RIC. ¡Ah! es el apuntador, el pájaro Pinto... Eso es otra cosa. Que entre. Señoras, es el apuntador... ¿Y cuál es el orador de la graciosa cuadrilla?

COSME. (Señalando á Cristina.) Esta, señor.

RIC. ¡Ah! la del perrito, la conozco... Adelante, hija mia; yo mismo te presentaré á estas señoras. (Mientras la lleva de la mano hácia la iaquierda.) Y es bonita de veras esta niña .. y en creciendo un poco... (Con galantería.) ¿Cómo te llamas, hija mia? no me acuerdo...

CRIST. Cristina, señor.

RIC. ¡Ah! sí. ¿Y vives cerca de aquí?

CRIST. Junto al molino, sí señor.

RIC. Sí, sí; muy bien. (Cristina se detiene delante de Margarita, Cosme se coloca detrás de Cristina, el grupo de aldeanos algo detrás.)

COSME. (Á Cristina.) ¡Anda, viva!

CRIST. ¿Empiezo ya?

COSME. Si, anda... (Apuntando.) «Señorita...»

CRIST. (Recitando muy turbada.) «Señorita: los antiguos, en esta hermosa fiesta de himeneo, tenían la ingeniosa costumbre de encender una antorcha...» (Se detiene.)

COSME. (Apuntando.) «Simbólica...»

CRIST. «Simbólica... Esta antorcha simbólica... señorita...»

COSME. (Apuntando.) «Dos veces simbólica...»

CRIST. (Volviéndose á él.) ¡Pero si ya lo he dicho dos veces!

COSME. ¡Tontuela!

CRIST. ¿Y qué? yo no me acuerdo de más, yo no sé más; señorita, disimule usted. Pero lo que sí la sabré decir de corrido y sin equivarme, es que la queremos todos mucho, y que de todo corazon pedimos á Dios que sea feliz con su prometido.

RIC. (Riendo.) ¡Brava! ¡Brava!

MARG. Bien, hija mia, bien, gracias.

CRIST. (Señalando á D. Luis con curiosidad.) ¿Es este el señor novio?

MARG. No, hija mia.

CRIST. (Señalando á D. Ricardo.) Entónces es este otro.

MARG. Sí.

CRIST. ¡Ah! ¡qué lástima!

RIC. (Esforzándose por reir.) ¡Ah! ¡qué chistosa! ¡qué... sinceridad silvestre!

ELENA. Venid todas á buscarme mañana temprano.

COSME. (En coro con las aldeanas) Sí señora.

RIC. Eso es; venid mañana temprano todas á buscarme... es decir á buscar á esta señora. (Las aldeanas se retiran al fondo.) Y ahora el notario aquí, perfectamente. (Apenas se ha sentado el Notario se oye ruido fuera.) Y bien, ¿qué sucede? (El Doctor Gonzalez se presenta en el fondo. Ricardo corre á su encuentro, Doña Elena se levanta.)

ESCENA VIII.

DICHOS, el DOCTOR GONZALEZ.

ELENA. ¿Qué es lo que pasa? por Dios, señores.

RIC. (Despues de haber cambiado algunas palabras en voz baja con el Doctor.) Dios mio, señora, no hay que asustarse; pero en fin, su padre político de usted... está peor...

ELENA. ¿Está peor?

DOCT. Sí señora; se halla afectado de una grande agitacion nerviosa... y este síntoma, en su mucha edad y con la enfermedad que le aqueja, es siempre grave.

ELENA. ¡Ah! ¡Dios mio! Corro á su lado... Margarita, hija mia, vamos pronto... ¡Ah! (Las aldeanas, que habian quedado en el fondo, se apartan con un movimiento de terror. D. Pedro Novoa aparece pálido, andando con paso vacilante y siniestro; se detiene y se apoya en los arcos de la puerta. Fabian le sigue. Doña Elena, su hija y el Doctor se aproximan al anciano.)

ESCENA IX.

DICHOS, NOVOA, FABIAN.

DOCT. (En voz baja.) (Pero Fabian, usted le ha dejado...

FAB. El amo ha querido salir... no he podido impedírselo...

MARG. Padre mio, ¿me conoce usted? (Novoa hace con la cabeza una señal grave y afectuosa.) ¿Quiere usted tomar mi brazo? (El anciano rehusa.) ¿Está usted cansado? ¿Quiere usted descansar? (Novoa indica que sí.)

DOCT. Bien; pues acerquen ustedes ese sillon y cierren esas ventanas.. Señor de Novoa, usted se encuentra aquí mejor; se respira un ambiente más puro... (Novoa, despues de una débil señal con la cabeza se sienta en el sillon.) Mientras que él se encuentre bien aquí es preciso dejarle... En cuanto á ustedes, señoras, harían bien en retirarse. Está más tranquilo ahora, no hay peligro por el momento y deben ustedes reservar sus fuerzas... Temo que tengan muy pronto necesidad de ellas.

ELENA. ¡Oh! nosotras no podemos dejarle ahora. Iremos solamente á cambiar de traje, á despojarnos de estos adornos que forman un contraste demasiado cruel con la situacion del enfermo, y volvemos en seguida..

DOCT. Bueno, pues vayan ustedes, que don Luis y yo velaremos entre tanto.

LUIS. ¡Con la mejor voluntad!

RIC. ¡Oh! yo me ofrezco igualmente. (¡Diantre de contratiempo!)

DOCT. Despues, caballero, despues. Ahora no es necesaria mucha gente... Hay que evitar el ruido... Vea usted!...

se ha dormido... (D. Ricardo se va por el fondo; las señoras y Fabian por la derecha, las aldeanas y Cosme por donde vinieron)

ESCENA X.

NOVOA reclinado y dormido en el sillon; D. LUIS, el DOCTOR GONZALEZ. El salon sin más luz que la lámpara que está sobre la mesa. Fabian se ha llevado los candelabros.

LUIS. ¿Y bien, Doctor?

DOCT. Es que llega el fin de su larga existencia; la lucha de la vida con la muerte puede durar bastante, sin embargo.

LUIS. ¿Y no se puede hacer nada?

DOCT. ¡Nada! únicamente se le puede dar alguna pocion calmante... Voy á dejar á usted un momento para prepararla yo mismo.

LUIS. Sí, vaya usted...

DOCT. Si vuelven las señoras, ahí estoy.

LUIS. Bien. (Váse el Doctor por la izquierda.)

ESCENA XI.

NOVOA, D. LUIS.

LUIS. ¡Este desgraciado! (Mirando al anciano dormido.) A pesar de todo está arrepentido... ¡Ha sufrido, ha expiado su falta! ¡Y es á mí á quien la Providencia encarga de velar su último sueño... ¡Incomprensible destino! ¡Oh! y yo le envidio ese sueño... Este dia me ha quebrantado el alma y el cuerpo; cuán cansado y cuán desalentado estoy! (Se sienta junto á la mesa, y apoya su cabeza en la mano; la luz de la lámpara alumbra su rostro. Novoa se despierta, su mirada extraviada se detiene en la fisonomía de Luis y parece sobrecogido de admiracion y de terror. Levántase con esfuerzo. Luis espantado se levanta al mismo tiempo. Ábrese la puerta del fondo. Margarita aparece, y al ver á su abuelo se detiene con asombro al principio y luégo con espanto.)

ESCENA XII.

DICHOS, MARGARITA, en el fondo.

NOVOA. (Con voz suplicante.) Señor marqués, perdon, perdon.

LUIS. ¡Cielos! (Luis helado de espanto permanece inmóvil.)

NOVOA. ¡Señor marqués, perdon! (Dando dos pasos hácia Luis con la solemnidad de un espectro.)

MARG. (Con terror.) ¡Dios mio! ¿qué dice?

LUIS. (Comprendiendo de repente, se adelanta hácia el anciano, y deteniéndose delante de él, extiende la mano sobre su cabeza.) ¡Descansa ya, Novoa, yo te perdono! (El rostro de Novoa expresa al momento una grande alegría, vacila y Luis le detiene.)

MARG. (Acercándose á Luis.) Don Luis, ¿qué significa esto? Hable usted por favor... ¡usted conoce algun secreto terrible!

LUIS. ¿Yo? Ninguno. Me presto á su delirio, hé aquí todo.

MARG. Padre mio... padre del alma, hable usted, hable usted todavía, se lo suplico... usted tiene alguna idea, algun recuerdo que le atormenta... ¿No es esto, no es esto, padre mio? ¡Hable usted en nombre del cielo! en nombre del Dios de las misericordias. (El anciano entreabre los labios como para hablar. Margarita escucha con angustiosa ansiedad, pero de repente Novoa extiende los brazos, exhala un profundo suspiro y cae sin movimiento en el sillon.)

MARG. ¡Ah! ¡madre mia! (Dando un grito y cayendo de rodillas.)

ESCENA XIII.

DICHOS, el DOCTOR, que llega apresuradamente.

DOCT. (Poniendo la mano sobre el corazon del anciano.) ¡Ore usted, señorita!

FIN DEL ACTO CUARTO Y CUADRO SEXTO.

ACTO QUINTO.

CUADRO SÉTIMO.

La misma decoracion que el anterior. En medio del salon una mesa; bujías encendidas.

ESCENA PRIMERA.

D. LUIS, D. RICARDO en pie cerca de la mesa, alrededor de la cual están sentados D. IGNACIO, MARGARITA, DOÑA ELENA, DOÑA TRINIDAD, LUISA.

IGNAC. ¿No cree usted á propósito, señora, convocar aquí á los criados de la casa?

ELENA. Si es necesario...

IGNAC. Necesario, no, señora.

ELENA. Pues entónces prefiero que permanezcamos solos los que estamos aquí.

IGNAC. Como usted guste. (Dirigiéndose á Doña Elena y á Margarita.) Cuando hace ocho dias me enviaron ustedes un expreso á Tolosa, donde aún me hallaba, anunciándome la pérdida que acababan de sufrir, é invitándome á venir á su lado, yo me apresuré á complacerlas; una vez

aquí, tuvieron ustedes la bondad de honrarme con su confianza, encargándome que procediera á formar el inventario de los papeles particulares del difunto don Pedro Novoa, padre político de usted, señora, y abuelo de usted, señorita. Desde luégo daré á ustedes cuenta en resúmen del resultado de mi exámen y despues entraremos en los detalles relativos á las cantidades. Empezaré, señores, poniendo en su conocimiento que aunque todas las piezas relativas á las voluntades testamentarias del señor Novoa, están colocadas en carpeta. numeradas con el mayor cuidado, no he podido encontrar hasta ahora la que debía llevar el número primero, la carpeta número primero falta. (Doña Trinidad dirige una mirada á D. Luis.) La carpeta núm. 2, arregla de una manera muy honrosa lo que corresponde á doña Elena.

ELENA. Bien, adelante, adelante, amigo mio; supongo que mi hija no desampara á su madre, de consiguiente estoy tranquila.

RIC. En cuanto á eso, querida mamá suegra, aquí estoy (Bajo á D. Ignacio.) (Qué cantidad es la que...)

IGNAC. Un poco de paciencia, caballero, si usted gusta. La carpeta número 3, provee á los intereses de la señorita Luisa. (Esta mira á D. Luis como para darle gracias.)

ELENA. ¡Cuánto me alegro!

LUISA. ¡Señora!

IGNAC. La carpeta número 4 contiene diversos legados á favor de los criados; y no hay más.

TRIN. ¿Está usted seguro de que no hay más?

IGNAC. Segurísimo.

TRIN. ¿De modo que para mí no hay nada?

ELENA. Tranquilícese usted, mi querida prima, partiremos la misma choza.

TRIN. (Con acritud.) Gracias, prima; pero por eso no es ménos extraño... Por lo demas, sé muy bien á quien debo agradecer esto.. Á este caballerito, (Señalando á D. Luis.) que me ha honrado siempre con su.. amistad particu-

lar... Y ahora empiezo á comprender...

LUIS. Señora, yo soy el que no comprendo...

TRIN. ¿Comprendería usted mejor sin duda si yo le preguntase qué es lo que ha hecho de la carpeta número 1.°?

LUIS. Señora... (Turbado. Todas las miradas se fijan en él.)

ELENA. Prima, ¿qué quiere usted decir?

IGNAC. Si; ¿qué quiere usted decir?... Haga usted el favor de explicarse.

TRIN. Quiero decir que cierto dia yo misma, con mis propios ojos, ví al señor quemar un papel extraido de esa cartera, y que el sobre que encontré al lado del brasero de usted, prima, y que tuve buen cuidado de recoger, tiene precisamente el número que aquí falta, y en prueba de ello voy á buscarle. (Se levanta y todos hacen lo mismo: los criados llevan la mesa al fondo.)

IGNAC. Espere usted, señora... Don Luis, ¿qué dice usted?

ELENA. Don Luis...

RIC. ¡Y bien, caballero!

LUIS. (Con turbacion.) Lo que dice es cierto, solo que se engaña acerca del contenido de aquel papel; no contenía disposicion alguna en su favor, era... un papel insignificante, que creí podía quemar. (D. Ignacio le mira con asombro.)

RIC. (Á fé mia que la cosa no tiene malicia.)

ELENA. (Á Luis.) ¿Pero es posible que haya usted abusado asi de nuestra confianza?

LUIS. Señora, repito que ustedes se engañan sobre la importancia...

IGNAC. Pero en fin, ¿cuál era el contenido de ese papel?

LUIS. No puedo decirlo. (Movimiento general.)

ELENA. Lo siento mucho, don Luis, pero usted mismo conocerá que desde este momento no podemos vivir bajo el mismo techo.

LUIS. (Inclinándose.) Lo conozco, señora. Adios. (Se aleja.)

MARG. Don Luis, ¿no tiene usted nada... nada que decir en su defensa?

LUIS. Nada. (Saluda otra vez y se va por el foro.)

ESCENA II.

DICHOS, menos D. LUIS.

IGNAC. (¡Sí, sí... comprendo: eso es!)

ELENA. ¿Ha visto usted, don Ignacio, qué desengaño?

IGNAC. ¿Desengaño?... Sí... sí, señora.

RIC. Á mí no me sorprende lo que ha pasado. ¡Nunca fué santo de mi devocion! Empezó haciendo habilidades con un caballo y concluyó escamoteando papeles: era un discípulo de Bosco, un Macallister.

TRIN. Todo eso y mucho mas será; pero el hecho es que me quedo sin mi legado, porque estoy bien segura de que en aquel papel...

IGNAC. Sosiéguese usted, doña Trinidad: si contenía su legado de usted, no se ha perdido nada, porque yo tengo el duplicado... ¡aquí está!

TODOS. ¡Cómo!

IGNAC. Por un exceso de precaucion, que hoy vemos no era infundado, el señor de Novoa me había confiado este secreto, que me estaba prohibido revelar mientras él viviese, que yo esperaba no tener que revelar nunca. Pero ya que es preciso, (Á Margarita y á su madre.) lean ustedes... de su misma letra...

MARG. (Recorriendo apresuradamente el papel.) El marqués de Valleumbrío... Méjico... ¡Ah! ¡es posible!... ¡Oh! ¡Dios mio! sí, sí... ¡ahora comprendo aquellas palabras misteriosas, supremas! ¡Oh! ¡qué vergüenza!

ELENA. ¡Hija mia!

IGNAC. ¿Quiere usted que le llame? (Á Margarita.)

MARG. ¡Á él! ¡Oh! no... ¡Avergonzarme delante de él, nunca! Pero que se quede, que se quede aquí... Á nosotras, á nosotras es á quien toca marchar. Venga usted, madre mia, venga usted; salgamos de esta casa... ¿Lo oye usted? (Á D. Ignacio.) ¡Nunca!... ¡Oh! ¡qué vergüenza! (Váse por la derecha, sostenida por su madre y per Luisa.)

ESCENA III.

D. RICARDO, D. IGNACIO, DOÑA TRINIDAD.

RIC. Señor mio, ¿sabe usted que le quedaría agradecido si tuviera usted la bondad de explicarme lo que pasa? Porque si entiendo una palabra...

TRIN. Sí, por Dios, díganos usted lo que sucede...

IGNAC. Sucede que la fortuna del señor Novoa, á consecuencia de sucesos de familia que constan en este papel, pertenece á don Luis, y que Margarita parece dispuesta á restituírsela.

RIC. ¿Qué es lo que usted dice? conque Margarita se queda sin... ¡ay! ¡ay! ¡ay!

IGNAC. No puedo explicar á ustedes el motivo; pero en cuanto al hecho, doy fé.

TRIN. Pero entónces... ¿hay más que hacer una cosa? Voy á decírselo... Así como así, bastante tiempo hace que se aman. (Váse por la derecha.)

ESCENA IV.

D. RICARDO, D. IGNACIO.

RIC. ¿Qué es lo que dice? ¿Será cierto que se aman? ¡Y yo que no lo había reparado! Pues entónces voy á decir como ella...

IGNAC. (Con ironía.) ¡Oh! tranquilícese usted. Tiene usted la palabra de Margarita y no es justo sacrificar á usted.

RIC. Si, señor, sacrifíquenme ustedes, sacrifíquenme; tienen ustedes mi permiso para sacrificarme... Aquí no se me hace justicia... yo no sé qué motivo he dado para que se interpreten mal todas mis acciones, para que se me tenga por un hombre sin alma, sin corazon. ¡Ah!

ESCENA V.

DICHOS, FABIAN.

FAB. Don Ignacio, si usted pudiera venir con las señoras... la señorita Margarita llora que es una compasion... y la señora suplica á usted...

IGNAC. Voy allá.

RIC. Y yo con usted; voy á decirlas que obren como si yo no existiera... ¿Qué más puede exigirse de mí? Que obren como si yo no existiera. No me hacen justicia. (Vánse los dos por la derecha.)

ESCENA VI.

FABIAN, despues D. LUIS.

FAB. (Apagando las bujías.) ¿Pero qué es lo que pasa, Dios mio? Don Luis se marcha... la señorita quiere irse tambien á pie, por la noche...

LUIS. ¡Fabian! (Entrando por el fondo y con timidez.)

FAB. ¡Ah! Don Luis... ¡cuánto me alegro de ver á usted aún!...

LUIS. ¿Quieres por última vez hacerme un favor?... Toma dos ó tres paquetes que hay en mi cuarto y haz que los lleven al extremo de la avenida, donde espera un arriero, que los conducirá á Tolosa. Anda, amigo mio, yo te sigo.

FAB. Señor don Luis...

LUIS. Á no ser que rehuses...

FAB. ¡Oh! ¡Dios mio! rehusar yo...

LUIS. Pues anda.

(Fabian se va por el fondo murmurando tristemente.)

ESCENA VII.

D. LUIS.

¡Valor! ¡es preciso partir! Esta es la última prueba, pero tambien la más amarga... ¡Patir!... En este momento supremo me parece que no he sufrido nada ántes de ahora, y dejar este sitio para siempre, aunque ha sido para mí un lugar de contínuos tormentos, me parece que dejo un paraiso! ¡Ah! ¡cuán débil es el corazon del hombre! ¡Ahora mismo estaba yo en ese jardin, espiando como un niño el instante en que podría deslizarme en este salon... para estar un momento más cerca de ella!... Sí, ahí la he visto todo el dia al lado de su madre... Este bordado que su mano ha recorrido... (Toma el bordado y le besa.) ¡Ah! ¡cuánto la amaba! ¡Adios! adios! (Margarita aparece en la puerta de la izquierda y se detiene.)

ESCENA VIII.

MARGARITA, LUIS.

LUIS. (Sin verla.) ¡Ea! ¡ya es demasiada debilidad! Partamos. (Al volverse ve á Margarita.) ¡Ah!

MARG. Señor marqués, no es usted quien debe partir. Está usted en su casa; todo cuanto hay aquí le pertenece...

LUIS. ¡Cómo! usted sabe...

MARG. ¡Todo!... La Providencia no ha querido que su noble desinterés de usted quedase ignorado. Don Ignacio tenía el duplicado del papel que con tanta abnegacion había usted destruido. Mi madre y yo vamos á dejar esta casa... Yo no quería volver á ver á usted por no sonrojarme en su presencia; pero ¿qué importa que sufra una vez delante de usted aquella que le ha hecho sufrir tantas con su injusticia?... Señor marqués, suplico á usted que me perdone.

LUIS. ¿Yo perdonar á usted? ¡Oh! ¡nunca la he acusado!?

MARG. ¡Es verdad! Pero quería usted dejarnos tambien, como la tarde que nos encontramos en las ruinas, y ahora no puedo detener á usted como allí abriéndole mi alma. porque en aquella noche, cuyo recuerdo no se apartará nunca de mí, juró usted...

LUIS. Juré que aunque la viera á usted de rodillas delante de mí, nunca aceptaría una fortuna de su mano, pero ahora, Margarita, soy yo el que la pongo con mi corazon á tus piés. (Doblando la rodilla.)

MARG. Acepto el corazon... (Levantándole.) la fortuna... partámosla con tu hermana.

ESCENA ÚLTIMA.

D. RICARDO, D. IGNACIO, DOÑA ELENA, DOÑA TRINIDAD, LUIS, FABIAN y DICHOS.

ELENA. ¡Luis, hijo mio!

LUIS. ¡Señora!... ¡Amigo mio! (Á D. Ignacio.)

RIC. Marqués, siempre tuve hácia usted una inclinacion, que ahora me explico.

LUIS. ¡Don Ricardo!

FAB. ¡Ya estaba yo seguro de que era un caballero!

MARG. ¡Cuánto te ha hecho sufrir mi desconfianza! Pero ahora, serás feliz, ¿no es verdad?

LUIS.
Sí, Margarita querida,
que mi suerte y tus rigores
han hecho de estos amores
la novela de mi vida.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 18 de marzo de 1859.

El Censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.